

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE,

FERMIN BAYONA.

TOMO III. — NUMERO 7.

SUMARIO

- I. Shiller, por Juan Bertis — II. Leyenda, por *** — III. El soneto (poesía), por Román Mayorga Rivas — IV. Apolo, por Víctor M. Jerez — V. La Penitenciaría de Guatemala, drama de Ismael Cerna, por Arturo — VI. La Embriaguez como circunstancia atenuante, por Julio Chacón — VII. Al borde de una tumba, por Rafael Chávez — VIII. El estudio, por Francisco Martínez Suárez — IX. Miseria, por Ruven Rivera — X. Pronósticos del tiempo, por Leopoldo A. Rodríguez — XI. Naturalización de las especies, por Esteban C. Roque — XII. Notas — XIII. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Hidalgo núm. 69.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE RICAURTE, 12.

Abril 20 de 1891.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD

JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D.	Victor M. Jerez.
1 ^{er} Vocal	„	Juan Gomar.
2 ^o „	„	Francisco Dueñas.
Tesorero	„	Fermin Bayona.
Fiscal	„	Lisandro Blandón
1 ^{er} Secretario	„	Adrián García.
2 ^o „	„	Doroteo Fonseca.

SOCIO HONORARIO

Doctor Don Esteban Castro

SOCIOS ACTIVOS

Br. D.	Miguel Dueñas.	Br. D.	Esteban C. Roque.
„	Juan Mena.	„	Abraham Chavarría.
„	David A. Payés.	„	Nazario Salaverria.
„	Rafael E. Chávez.	„	Fidel A. Novoa.
„	Nicolás Leiva.	„	Francisco Espinal.
Dr.	Francisco Martínez Suárez.	Dr.	Guadalupe Ramírez.
„	Heracio Rómulo Jarquín.	„	Francisco Gutiérrez.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Br. D.	Salvador Flamenco.	Dr.	Rubén Rivera.
„	Adolfo Castro.	„	Abraham Rivera.
„	Baltasar Parada.	„	Francisco A. Reyes.
Dr.	Simeón Eduardo.	„	Carlos A. Imendia.
„	Carlos Dárdano.	„	Anselmo Valdés.
„	Ramón P. Molina	„	Ismael ...

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Francisco Dueñas,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO III |

SAN SALVADOR, ABRIL DE 1891.

| NUM. 7

SCHILLER.

Las tragedias alemanas, y particularmente las de Schiller, contienen perfecciones que suponen siempre una alma fuerte. Así se expresa la Baronesa de Stäel, hablando del poeta cuyo nombre encabeza este artículo.

Nació Juan Cristóbal Federico Schiller en Marchboth (Wurtemberg) el 10 de noviembre de 1759, y dedicado al oficio de cirujano, bien pronto dió á entender que tan modesta como prosaica ocupación no se avenía con sus aficiones, ni podía bastar á satisfacer la aspiración que sentía su alma de elevarse sobre el pequeño escabel que la fortuna le había daparado. Entonces Schiller, como dijo el Eminentísimo Cardenal Monescillo en las honras fúnebres de Calderón, "lanzó á los campos tropas de bandidos en forma de héroes de comedia," atrayéndole este trabajo el odio del duque de Wurtemberg, que llegó á encarcelarlo, hasta que el poeta logró escapar, huyendo á Mannheim. Diose pronto á conocer en esta ciudad por su numen aventajado, logrando con sus apa-

sionadas estrofas ser considerado, en edad temprana aún, como uno de los mejores escritores de Alemania, en el mismo tiempo en que Goethe trastornaba el juicio de no pocos sesudos germanos. El poeta mostróse ardientemente republicano en *Los Bandidos*, *Guillermo Tell*, *La Conjuración de Fiesco* y *Cábalas y amor*: tiernamente romántico en *La Doncella de Orleans* y *María Stuardo*: apasionado hasta la injusticia en *Don Carlos*, y siempre melancólico, amigo de la libertad, ilusionado en *La Desposada de Messina* y *Wallenstein*. Su fama como dramático quedaba asegurada con el éxito alcanzado por estas obras en que se confunden bellezas de primer orden con defectos inexcusables; pero Schiller, á semejanza del discípulo de Kletemberg, del célebre autor del *Fausto*, se sentía con alientos para cultivar otros géneros; y para demostrarlo prácticamente, escribió diversas poesías, sobresaliendo entre todas la magnífica *Canción de la Campana*, una de las mejores de la lírica moderna; y habiendo sido nombrado catedrático de historia, dió á luz en 1790 su *Historia de la*

guerra de los treinta años, que, con la *Separación de los Países Bajos de la monarquía española*, fueron los más importantes que en este ramo de literatura debiéronse á su ingenio.

Hablando en general, los dramas de Schiller valen más que las ideas que vertió en sus trabajos sobre la ciencia de la belleza, y para nosotros no ofrece duda que mucho de lo que escribió en sus disertaciones *Sobre la gracia y la dignidad*, y *Sobre lo sublime*, así como en sus cartas y opúsculos, como *Los dioses de Grecia* y *La educación estética del hombre*, fué arrastrado por las corrientes filosóficas que á la sazón predominaban en Alemania, y sin que él, envuelto en aquella atmósfera, se diese entera cuenta de lo que hacía.

Schiller, hombre honrado, que odiaba á los tiranos, ya ciñeran regia diadema, ó vistiesen popular toga; espíritu noble que confesaba su respeto á la Iglesia Católica y admiraba con envidia nuestra religión sublime, no ocultando la repulsión que le inspiraba la demagogia, aunque algunas veces, sin saberlo, parezca algo más que un revolucionario, llegó á admitir de la Convención el título de *ciudadano francés*, al que correspondió escribiendo *La Doncella de Orleans*. El vate wurtembergués fué testigo de todos los desmanes de la revolución más sangrienta que han presenciado los siglos, muriendo en Weimar el 9 de mayo de 1805, cuando el afortunado Napoleón había ya ceñido á sus democráticas sienes la corona imperial, y Alemania entraba en un corto período de calma relativa con los tratados de Campo-Formís y Presburgo, que erigió en reino el antes ducado de Wirttemberg. Alemania recordando con orgullo la gloria de Schiller, celebró no ha mucho en su honor suntuosas fiestas, ele-

vándose en Stuttgart una soberbia estatua, en la que el inspirado cincel de Alberto Thorwalsen ha logrado representar, en opinión de los inteligentes, con exactitud admirable, los rasgos fisionómicos del célebre poeta.

El estilo de Schiller, singularmente galano, cautiva por la elocuencia de su lenguaje y la animación de sus descripciones. En la pintura de los caracteres creados por él es exacto, por más que en ocasiones resulta exagerado; la trama escénica, habilmente combinada, y alguna vez irrepresentable; respeta muy poco la historia cuando conviene á sus creencias políticas; más dramático que cómico, brilla especialmente en las situaciones conmovedoras, en que se muestra elevado y digno, identificándose con algunos personajes cuyas desgracias interesan vivamente. Hecha excepción de algún drama y escenas, no es inmoral con la frecuencia que Goethe. Si no iguala en lo terriblemente dramático á Esquilo, ni á Sófocles en la pintura de las pasiones, ni en lo sombrío y trágico á Shakespeare, ni á Calderón en la verdad de la doctrina, es apreciableísimo, no obstante, en medio de sus defectos, descartándolos imparcial y prudentemente.

Vivió Schiller en una época de tan gran descreimiento, que no parecía sino que la virtud de la fe se había visto obligada á huir de Europa. La Enciclopedia informada en principios panteístas unas veces, y en los del materialismo con más frecuencia, difundía las doctrinas más erróneas, deslumbrando con el brillo de la novedad á inteligencias preocupadas. Voltaire fundaba sobre una máxima infernal toda una escuela, y, aprovechando el talento que á Dios debía y el gran número de años que vivió, complacíase en combatir con satírico empeño cuanto encontró de noble y

elevado. Rousseau trastornaba los cerebros con las utopías de su pacto social. Laplace negaba, en nombre de una ciencia orgullosa, al Señor, cuyas glorias narran las innumerables estrellas del cielo; el barón d'Holbach atacaba la moral con desenfado inaudito; D'Alembert, Condorcet, Montequieu, Lametrie y otros coadyuvaban con sus escritos á extremar más y más el desquiciamiento de las ideas, mientras Mirabeau lanzaba desde la tribuna los rayos olímpicos de su elocuencia, que venían secretamente á disiparse en las larguezas y bondades de los reyes que atacaba. La política, de ciencia nobilísima que procura el bien de los pueblos y la salvación de las sociedades, estaba convertida en arma vengadora de los ambiciosos, y arte seguro que dictaba los medios de escalar codiciadas posiciones.

Nunca las máximas de Maquiavelo fueron tan fielmente practicadas. En medio de su pretendido filosofismo y de su amor á la humanidad, la mayoría de los soberanos de este siglo, como Luis XV, verdadero sultán de Occidente, el grande Federico de Prusia, la parricida Catalina II y el autócrata José II de Austria, no hicieron más que inspirarse en el monstruoso absurdo jurídico: *Quod Cesar vult, legis habet vigorem*, ideado por los palaciegos cesaristas y traducido enérgicamente por Luis XIV en aquella frase eélebre: "El estado soy yo." Y donde los reyes fieles todavía á las enseñanzas de la Religión, comprendían que la trascendental dificultad de su misión estriba en ser verdaderos reflejos de la justicia divina y padres solícitos y amorosos de los pueblos, los políticos educados en la escuela del secretario de Florencia, contrarrestaban en parte los generosos propósitos de los monarcas, conduciéndolos por torcidos senderos

en que entraban de buena fe; y de este modo cuando el rey se llamaba en Portugal José I, gobernaba en su nombre el marqués de Pombal, y cuando todos esperaban que continuase la era de próspera tranquilidad inaugurada por Fernando VI, gracias á las bellas cualidades personales de su sucesor Carlos III, el conde de Aranda mancha la memoria de tan bondadoso soberano con un acto de intolerable injusticia.

Nada tiene, pues, de extraño que un malastar general y un desconcierto espantoso se notara en todas partes, cuando los destinos de las naciones estaban encomendados á hombres de talento, si, pero tan poco escrupulosos como don José Carballo, al abate Dubois, el atolondrado duque de Choiseul, el cismático obispo de Pistoya Scipión Ricci y otros de este jaez. Una sociedad donde el mal ejemplo de los de arriba se reflejaba centuplicándose en los de abajo; una sociedad minada por todo genero de disolventes teorías, una sociedad donde la negación y el escepticismo y los odios encarnizados, y la inmoralidad corroedora, imperaban por completo; una sociedad que se divertía con las desvergüenzas de Pigault Lebrun y con las jácaras eróticas de Diderot, no era más que una mina dispuesta á reventar á la aproximación de la más débil llama; no era otra cosa que un infecto pantano que, al ser removido por la causa más insignificante, asfixiaría á cuantos respirasen los miasmas deletereos de que saturaría la atmósfera. Y el sacrificio del desgraciado Luis XVI, y las jornadas sangrientas del 2 y 3 de septiembre, y las matanzas horribles de Tolón y de Arras, de Nantes y de Leon, el recuerdo del Terror, y el estruendo y atropellado caer de gobiernos y de Estados, y la guerra europea, y todo aquel cúmulo inmenso de desastres que no hay

para qué recordar, fueron las consecuencias lógicas é inevitables de aquella situación escepcional.

Nacido Schiller en el seno del protestantismo, y educado en el odio á los Pontífices y á la Iglesia Católica, creció en medio de una sociedad cuya deslustrada pintura queda hecha con pálidos colores en el párrafo anterior; y fácilmente puede colegirse desde luego, que, á menos de un prodigio de la Gracia, tampoco el poeta en tales condiciones colocado, habría de distinguirse por la fuerza de sus doctrinas religiosas, ni era lo más probable, que, sin tiempo, tranquilidad, ni estudios suficientes, se decidiera á dejar la religión de sus padres, religión que ningún sacrificio en sentido alguno exigía de él, para abrazar una que, como la que por dicha profesamos, tanta abnegación requiere, si se ha de practicar de la manera que Dios manda.

Pero como es gloria inmarcesible del catolicismo haber contado en el número de sus adeptos á las más preclaras inteligencias que han existido en el mundo de diez y nueve siglos á esta parte, arrancando á los pocos sabios que no se han alistado bajo su bandera las más sinceras confesiones en su favor, pues el poder de la verdad es irresistible, Schiller no pudo menos de fijarse en una institución que, siendo calificada de débil y caduca, y por añadidura incompatible con la civilización y con la libertad, atraía sin embargo, la mirada de todos los hombres pensadores y era la constante pesadilla de todos los sectarios.

Mal se compaginaba aquella afirmación con este hecho; y Schiller debió observar que aquella Iglesia tan combatida y vilipendiada, que aquella Iglesia que tenía sobre sí el peso abrumador de cerca de diez y ocho centenares de años, desafiaba como invencible titán en

la plenitud de su vigor, todos sus innumerables enemigos, oponiendo el argumento á los sofismas, el perdón á las injurias, el ascetismo á la disolución. Lejos de acobardarse ante tan desigual lucha, tronaba con insuperable energía contra los vicios multiplicados, y conminaba con terribles penas, lo mismo á los poderosos sin conciencia que á la plebe sin moral, cual si tuviese de antemano asegurado un triunfo que presentaba por demás dudoso. Y Schiller, á pesar de que sentía embargada toda su alma por el brillo deslumbrante de la antigüedad clásica, cuyas ficticias grandezas le habían enamorado por completo, no pudo impedir que germinase lozano en su pecho un sentimiento de admiración hacia la Iglesia santa, objeto de tamaños embates.

Si no puede afirmarse, pues, como algunos lo aseguran que Schiller se hiciera católico, quizá por no poder sustraerse á la influencia maléfica de la atmósfera que respiraba, no obstante, con varonil entereza y noble sinceridad dió público testimonio de sus ideas en materia tan delicada. Si bien es cierto que, con solo unir párrafos de las obras de Voltaire, del Emilio de Rousseau, del ensayo sobre la pintura, de Diderot y hasta del mismo Diccionario de Bayle, sin aditamento extraño ninguno, se podría escribir la más bella apología de la religión, tampoco deja de ser una verdad menos clara la de que, por razón de sus estudios más profundos, estos filósofos tenían que rendirse muchas veces, bien á su pesar, á la evidencia: mientras que Schiller, aun cuando se dedicara á más serios trabajos que los de la poesía, nunca fueron de la importancia y trascendencia de los ya citados. En las confesiones de los enciclopedistas franceses hallamos más de una vez la imposición de la

verdad; en las del dramático wurtembergués hay una espontaneidad manifiesta, y parecen percibirse en ella los fuertes latidos de su corazón, subyugado por las grandezas divinas. No otra convicción se adquiere leyendo aquella tierna y delicadísima escena septima del acto quinto de su drama *María Stuardo*. La lamentación de la desgraciada reina tiene un encanto que en vano se hubiera esforzado en comunicarle, á no haber sentido emociones algo semejantes. "El corazón no se basta á sí mismo, dice; la fe reclama una prenda material para tomar posesión de los bienes del cielo. Por esto Dios se hizo hombre, y dió forma visible en el misterio á los invisibles dones celestiales. La Iglesia, la santa y sublime Iglesia, establece el lazo de unión entre el cielo y nosotros, y es llamada católica y universal, porque en ella la creencia de todos fortifica la creencia de cada uno. Cuando millares de fieles adoran y rezan, la llama se eleva de la hoguera, y el alma desplegando sus alas, vuela al cielo ¡oh!... ¡Felices los que se congregan para rogar en la casa del Señor!... Ornado el altar, resplandeciente de luces, suena la campana, se esparse el incienso; el celebrante revestido de su inmaculada túnica, toma el caliz, lo bendice, proclama el sublime milagro de la transubstanciación, y el pueblo, persuadido y fervoroso, se prosterna ante un Dios presente. ¡Ay de mí! Solo yo, excluida de esta comunidad no veo llegar hasta mi calabozo la bendición del cielo! "Qué lenguaje tan diferente al que hoy emplean muchos que, al renegar de su religión creen con razón quizas, que también deben romper con los preceptos del decoro y las reglas del buen gusto.

Presenta Schiller en este drama á un personaje con quien parece

identificarse por completo. El simpático Mortimer, el admirador entusiástico de la infortunada reina de Escocia, al referir la historia de su conversión al catolicismo, bien podría ser que trazara á grandes rasgos mucho de lo que debió sucederle al joven cirujano de Marchboth, que con toques tan magistrales lo presentaba en escena. Oigámosle, y descansarán en tanto nuestros lectores de nuestra prosa sin alicorno: "Contaba veinte años, señora, exclama, dirigiéndose á la desventurada hija de Jacobo V; había sido educado en severos principios, me había nutrido con el odio al Papado, cuando un invencible deseo me llevó al continente. Dejé á mi espalda las sombrías predicaciones de los puritanos y abandonando mi país natal, crucé rápidamente Francia, y corrí con ardor á visitar la famosa Iglesia. La Iglesia celebraba por entonces solemnes fiestas; hallé los caminos que hube de atravesar atestados de peregrinos, las imágenes de los santos coronadas de flores: parecía que la humanidad entera se dirigía en peregrinación al cielo. El torrente de esa muchedumbre de fieles me arrastró consigo, y me condujo á Roma. Ignoro qué fué de mí, señora, cuando ví elevarse ante mis ojos aquellas columnas, aquellos pomposos arcos... cuando el esplendor del Coliseo cautivó mi alma y el genio de la escultura desplegó en torno sus maravillas. Yo no había sentido nunca la magia de las artes: la religión en que había sido educado las desdeña, y no tolera imágenes ni nada que hable á los sentidos; solo quiere la palabra seca y concreta. ¡Cual sería, pues, mi emoción al entrar en la iglesia y oír la música que parecía descender del cielo... al ver en los muros y bóvedas aquella multitud de imagenes representando al Todopoderoso, al Altísimo,

que parecían moverse á la vista! Contemplé arrobado los cuadros divinos de la Salutación del Angel, el Nacimiento del Salvador, la Santa Madre de Dios, la Divina Trinidad y la brillante Transfiguración. . . .! presencié, por fin, el sacrificio de la Misa, celebrado por el Papa, que en todo su esplendor bendecía al pueblo. ¡Ah! ¿Qué valen comparados con tanta magnificencia, el oro y las joyas de los reyes del mundo? Solo él se ofrece, ceñido de divina aureola; su palacio parece el reino de los cielos, que lo que allí se ve no es cosa de este mundo." Quien de este modo se explica, parece increíble que pudiera permanecer sumido en los errores del protestantismo. Aquella relación tan natural de su primera educación, la impresión que le causaron las ceremonias augustas de la Iglesia, todo está descrito de mano maestra; pero si su corazón se rindió, no así su extraviada y rebelde inteligencia. Todavía quiso buscar el convencimiento en la discusión científica, para ver si de ella brotaba la luz como del celico concierto de las bellas artes. No fué una conversión irreflexiva apasionada.

No sabemos si Schiller llegaría alguna vez á intentar esto; pero en boca de Mortimer pone unas palabras que explican perfectamente el cambio de ideas que en este personaje se operó, merced á los razonamientos del cardenal de Guisa, que remataron la obra que el esplendor del culto comenzara. Hablando de dicho príncipe eclesiástico, á quien ensalza y pondera, se expresa así: "Este hombre excelente se dignó descender desde las alturas de su doctrina para disipar las dudas de mi ánimo: mostróme como las sutilezas de la razón conducen siempre el error; que los ojos deben ver lo que el corazón debe de creer, y la Iglesia tiene necesidad de un je-

fe visible. . . . que el espíritu de la verdad presidió á las sesiones de los concilios. . . . Las locas presunciones de mi adolescencia se desvanecieron ante su persuasión y victoriosos argumentos. Entré en el seno de la Iglesia católica, y abjuré en sus manos mis errores."

Así hablaba el dramaturgo alemán, republicano por convicción y protestante por nacimiento; y en medio de las rugidoras tormentas de odio que estallaban contra la Iglesia, no vaciló en dejar oír su voz en este sentido, tan explícito, que no podrá decirse que obedecía á las exigencias dramáticas, toda vez que tan largas narraciones no eran necesarias ni de seguro efecto. No sabemos que, públicamente al menos, abrasara el catolicismo, ni que en los momentos supremos de la muerte detestara los errores religiosos en que vivió, como lo hicieron sus sectarios Boulanger y Montesquieu, Bayle y Fontenelle, Lametrie y Tousaint, con muchos otros; y por esto mismo son más valiosas sus confesiones, entre las que descuellan las ya copiadas. Si Schiller hubiera vivido en otro siglo más piadoso y en otra sociedad menos corrompida y trabajada, indudablemente la Iglesia lo hubiera contado entre sus hijos más predilectos.

San Salvador, abril de 1891.

JUAN BERTIS.

LEYENDA.

En las costas del Atlántico, se alza la pequeña aldea de Villorino, cuya población se compone de pescadores, que viven aislados con sus familias sin salir jamás de ella, sino para ir á vender el producto de su pesca á los pueblos cercanos.

Tomasso Fiortin, uno de los más

acomodados entre los pescadores, se había retirado del trabajo al ver que sus fuerzas se debilitaban con el peso de sus sesenta años. Las economías de toda su vida le permitían pasar sus últimos días, sin privaciones, en compañía de su hija Grizel y su esposa. Era ésta una mujer sin aspiraciones, de alma tranquila y tan sencilla, que á los cincuenta años era tan sin malicia como una niña; honrada, laboriosa, su mundo era la aldea; y su pensamiento no iba más lejos que las montañas que cerraban el horizonte del Norte y el mar que lamía las paredes de su casita, limpia y bonita con sus muebles de pino pulidos por el uso de tres generaciones.

Grizel en nada se parecía á su madre. Era alta, esbelta, blanca, cabellos negros como la mayor parte de las italianas; sus ojos garzos, grandes, circuidos de tupidas pestañas, tenían una expresión de dulce melancolía; su mirada soñadora perdida en el espacio, anunciaba preocupaciones constantes, frecuentes ausencias del espíritu. Su boca pequeña, roja y de un corte admirable, estaba seria siempre; su nariz recta de móviles ventanillas, acusaba pasiones fuertes. Su cuerpo delgado, con magníficas formas estaba completamente desarrollado á los 18 años y llevaba con gracia incomparable el pintoresco traje del país. Este, consistía en una falda corta de sarga azul rayada de blanco, corpiño de terciopelo negro, abierto por delante y abrochado con cordones de seda granate, dejaba ver su camisa de batista blanca bordada, medias de seda á rayas azules y blancas; sus menudos pies calzados con zapatos bajos de rasó negro, anudados con cintas que cruzaban sobre la pierna; las mangas de su camisa muy apartadas en el puño descubrían unas manos blancas y afiladas, manos de duquesa finas y cuidadas con esmero; al

cuello desnudo llevaba seis hilos de gruesas cuentas de coral rosa y sobre los negros rizos, una coqueta gorra de encajes y cintas.

La linda hija de Tomasso, era adorada por todos los jóvenes de Villorino y mirada con envidia por las muchachas á quienes aventajaba, sin quererlo, en hermosura.

Llamábanla en la aldea, la Sirena de Nieve por el atractivo que encerraba, el encanto que llevaba en su persona y la frialdad con que acogía las ardientes pretenciones de los más apuestos mancebos del lugar.

Bella, rica, adorada, sin necesidades, todo lo tenía para ser feliz, y no lo era.

Su imaginación inquieta, hallaba estrecho el horizonte del pueblo; soñaba con desconocidos mundos que jamás había visto; sentía deseos insaciables de goces que adivinaba; presentía los placeres del lujo, los triunfos de la gloria y la belleza; parecíala que había un más allá, que la atraía, llamándola, sin que ella pudiera salvar la distancia que la separaba; se figuraba ser un pájaro á quien cortaron las alas, deseaba volar por el espacio, se sentía con fuerzas para ello y al querer tender el vuelo, la pesaba su impotencia!

De aquí nacía su melancolía constante que á todos admiraba; su mate palidez, que la hacía parecer más encantadora.

Buscaba la soledad, paseando por los sitios menos frecuentados. Prefería siempre las orillas del mar. Pasaba las horas sentada en unas altas rocas, oyendo el constante rumor de las olas azotando los peñascos. Creía oír en ellas, dulces voces que la hablaban de cosas misteriosas y vagas; figurábase que las blancas espumas que salpicaban su rostro, le traían besos y caricias de un ser entrevisto en sus sueños.

Cuanto amaba el mar! Algunas veces, hablaba con las aguas que le respondían en un lenguaje solo escuchado y comprendido por ella; otras, aquellas olas siempre agitadas la llamaban instándola á sumergirse en sus ondas para mostrarle los secretos ocultos en su fondo, y lloraba, mezclando las perlas de sus ojos á las del mar azul.

Pobre Grizel! Sufría sin causa! Su pecho se oprimía sintiendo que su corazón inmenso no cabía en él! Respiraba la brisa de la playa con delicia, deseando en una aspiración infinita absorber el espacio y calmar su sed de emociones desconocidas!

Una noche en que su agitación no la permitía reposo, dejó su casa y corrió á la playa. La luna serena iluminaba el mar salpicando las olas de millares de puntos brillantes; la barca de Tomasso sujeta por una cuerda á un poste de la orilla, se mecía dulcemente y parecía invitar á Grizel á tomar un paseo.

No pudiendo resistir la tentación, cedió á su deseo y sin miedo alguno, como hija de marino, saltó dentro de la barca, soltó la cuerda, y tomando los remos, bogó fuera de la rada de Villorino, con suma facilidad. Pronto estuvo en alta mar.

El cielo era puro, tachonado de infinitas estrellas y nubecillas blancas: la luna descomponía su luz pálida sobre las aguas tranquilas que balanceaban la barca acariciando sus costados; la brisa tibia cargada de emanaciones salinas, rosaba al pasar los cabellos sueltos de Grizel haciéndola oír como ecos de lejanos suspiros. La joven soltó los remos seducida por la belleza de la noche y recostando su cabeza en el mástil desnudo de la vela se puso á contemplar el cielo y el mar en su majestuosa soledad.

Sumergiose en sus sueños y vagas aspiraciones de costumbre, y

llenándose de brumas su cerebro, sintió, ó creyó sentir, que flotaban en las ráfagas del aire, sutiles, embriagadores perfumes, ruidos lejanos de voces confusas, que se acercaban poco á poco; las olas antes tranquilas comenzaron á mecerse acompasadamente, produciendo una música extraña, murmullos sin palabras, quejas y risas; las nubecillas blancas del cielo corrían por él formando figuras de pájaros y ángeles que se perseguían jugando y oscurecían á ratos la luz de las estrellas; del fondo azul de las aguas se levantaban lentamente unos como vapores blanquecinos y ténues, que fueron espesándose, tomando figura de mujeres apenas vestidas de tules transparentes, que cubrían sin ocultarlas sus bellísimas formas.

Unieron todas sus manos sonriendo, y acercándose en círculo á la barca de Grizel, comenzaron un baile lánguido y cadencioso, estrechando los círculos á compás del zumbido de la brisa y el murmullo de las olas unidas á su voz.

Grizel oía cada vez más distintos la música y el canto, hasta llegar á ser perfectamente claras las palabras que decían:

“Grizel! somos las ninfas del
“mar! Ven con nosotras! En el
“fondo de las aguas está nuestro
“palacio de coral y perlas, Ven!
“Aquí serán realidades tus absur-
“dos sueños! Tendrás el amor, el
“lujo, los placeres! Se calma-
“rán las aspiraciones de tu alma,
“saciarás tu sed de goces! Tus
“deseos serán satisfechos, serás
“nuestra hermana. Ven Grizel!
“Ánimo! Deja ese mundo misera-
“ble que no comprende la poesía
“de tu alma. Ven, Grizel! Canta
“con nosotras! El amor te aguar-
“da, te brinda su dorada copa don-
“de beberás la felicidad! Ven Gri-
“zel!”

La guirnalda de hermosas jóve

nes se estrechaba al rededor de Grizel, quien embriagada, fascinada por la música y los mil deliciosos perfumes que exhalaban de su aliento las ninfas, desvanecida su cabeza, tendió los brazos y se sumergió en las ondas con sus hermanas.

A la mañana siguiente Tomasso buscó en vano á su hija que había desaparecido, no volviendo á saber jamás de ella.

San Salvador, junio 4 1891.

EL SONETO.

(*Versión libre del inglés, de Gilder.*)

Es diminuta concha nacarada
Que el gran rumor recoge del Océano;
Pequeño cuadro de arte sobrehumano;
Joya con gracia excelsa cincelada;

Una lágrima ardiente derramada
Por el poeta que sondeó lo arcano;
Espada, estrella, grito soberano,
Campana triste ó trompa arrebatada.

Es la escala del Dante al hondo abismo;
El órgano de Milton rumoroso,
Y el espejo que Shakespeare (1) con su aliento.

Pobló de sombras... Piélagos engañosos,
Primero arrulla; pero al fin, violento,
Al que no es genio lo hunde estrepitoso!

ROMAN MAYORGA RIVAS.

Washington, 1890.

(1) Pronúciense Shaespiar.

APOLO.

Es natural en el espíritu, esa penetración á manifestarse en los distintos órdenes que abraza la incansable actividad del hombre, lo cual si bien ha dado origen á multitud de groseros errores, también ha si-

do causa primera y poderosa, para adquirir conocimientos sólidos y abrir ancho campo al tenaz deseo del perfeccionamiento.

El carácter oriental de suyo tan soñador y dado á esas operaciones íntimas de la fantasía, si bien es cierto que fué muy distante de la inquisición de la verdad, en el aspecto de las descripciones se ostenta con mayor suma de energías que las que por algunos les ha sido negado. Quien quiera que anhele comprobar lo dicho, puede admirar la riqueza imaginativa y ese don sin igual que va dejando un dios en la gallarda copa de los pinos y encontrando divinizados por el entusiasmo multitud de seres en las blancas espumas del torrente, en las nevadas cimas de las montañas, en el perfumado cáliz de las flores. Ya se encuentra levantándose del fondo de los mares simbolizando, cómo de la grandeza y sublimidad de los elementos surge la hermosura y la delicadeza de las concepciones, ya es á la hora en que se hunde el sol cuando la divinidad de los campos al acompasado balanceo de las verdes urnas de los altos arboles, va dejando en las profundas heridas que causa el arado, el grano de simiente que se torna en esbelta palmera ó en sabroso grano de trigo.

Esos mitos, que han sido creados por la ardiente imaginación de los antiguos pueblos, unen á la sencillez del sentimiento los recursos de artística inspiración, encarnando el respeto á la naturaleza; el ciprés consagrado á Plutón, la palmera divinizada por las gráciles moradoras del Pindo, la misteriosa flor de lotho al dios Apolo y el olivo nuncio de la paz, emblema de la felicidad de los pueblos, á Minerva la de los verdes ojos. Creencias fundadas en el aparato necesitaban ante todo dominar por medio de las exterioridades, conquis-

tar las pasiones sin permitir el razonamiento, apelar á los resortes poéticos, servirse de los esplendores del arte, de las inclinaciones del alma y de los dulces misterios, para ensanchar la órbita de su poderío.

El dogma, el símbolo, las tinieblas del templo, todo llamaba la atención con tal atractivo con lujo tan embriagador, que una secreta inclinación retenía la vitalidad de los pueblos en el molde estrecho de las antiguas prácticas.

Los actos más insignificantes de la humana actividad, los sentimientos primeros del corazón, así como los trabajos más enérgicos del espíritu y las operaciones más grandiosas del pensamiento, habían sido colocados bajo la protección decidida de un dios, al cuidado solícito de un ser divinizado, ya un semi-dios ya un heroe. Minerva personifica la inteligencia suprema y avasalladora, protectora de los griegos en su continente grave, en la magestad olímpica de su porte se encuentra esa belleza á que dió vida la inspiración excelsa de Fidias; diosa de la guerra, serena, indómita, une al valor heroico la austera severidad y el prudente consejo. Créese instruye á los pastores en la agricultura y aparece coronada de espigas, llevando en la mano un ramo de adormideras. Vulcano es el artista constante y feroz, obras suyas son el rayo de Júpiter y el escudo de Hércules; aunque feo tiene la grandeza del trabajo y en su taller el brazo fuerte al aire y el mirar de águila, es superior á todos los otros divinos seres. Larga sería la enumeración de todo lo que pudo y lo que hizo la poderosa imaginación de los antiguos. Momo tiene la ironía y el sarcasmo, sintetiza la libertad cuando juzga las ajenas obras.

En el Olimpo de los antiguos poetas y soñadores, en medio de a-

quella armonía sin igual de donde descienden los alegres cánticos á las rientes playas y á los verdes campos, no es Júpiter con el rayo de la victoria en la mano, tal cual se lo figurara la inquieta imaginación de Benvenuto en la sublime eternidad del bronce, ni el culto de Venus figurándola cuando boga sobre guirnaldas de espuma con las blancas vestiduras de que hace gala la mañana y el cinto misterioso de que dice Homero:

Con pespuntos adornado
En variada labor, donde incluidos
Los encantos de amor todos tenía.

ILIADA XIV.

Ni Psiquis la diosa casta y pura de belleza ideal, preferida de Cupido, quien según afirma la fábula se hirió con sus mismas flechas, llenan tanto el vago deseo de las antiguas teogonías como el culto del dios del día, del padre de las artes y de las letras, que ceñido de laureles la frente pulsando su lira de oro, esparciendo en las alas de los vientos, en los varios giros de la brisa, en el delicioso rumoreo de las hojas, en los cantos misteriosos de la noche el inagotable tesoro de altísima inspiración; sus sacerdotes sorprenden la primera luz de la alborada, y el lenguaje de las flores y los cielos, el último suspiro de las tardes otoñales y los suaves reflejos de la blanca luna en el pulido cristal de los lagos.

Apolo habita el monte sagrado á cuyos pies corre tranquilo el Permeso, hijo de Júpiter era inmortal, de Thetis obtuvo el néctar y la ambrosía y en las floridas campiñas del Helicón, á la melancólica luz de los umbrosos bosques, toma la lira y canta su inmortalidad, mientras genios invisibles recojen los ecos ocultándose en las verdes ramas de los laureles. Se le tributa ardoroso culto, colocando en él ara los dulces panales del Himeto,

Y las frescas flores que baña de rocío la amorosa caricia del alba; se cantan en su loor himnos conmemorativos de su nacimiento en la flotante isla de Délos, de las angustias da su madre Latona y de su combate con Pithon en que usó de las flechas de Vulcano, de su humildad como pastor cuando fué arrojado del Olimpo y de los trabajos que tuvo en la construcción de las murallas de Troya. Lleno de compasión para con los oprimidos, favorece á Orestes, que era perseguido por las Euménides, y lo conduce á la ciudad predilecta de Minerva, á la sabia Atenas.

Refiérese que en uno de sus viajes Minerva encontró un hueso de ciervo de donde provino la invención de la flauta; pero notando que se desfiguraba el rostro arrojó lejos de sí el instrumento, maldiciéndolo. Encontrado éste por Marsías llegó á producir tan dulces sonidos remedando las quejas del ave enamorada y la sinfonía augusta de las procelosas ondas hasta el extremo de disputar á Apolo el privilegio de la armonía; y aunque estuvo á punto de obtener el deseado triunfo en el concierto que al efecto se promovió, las Musas decidieron en favor de Apolo que para alcanzar la victoria, unió á las dulces acordes de su lira las suaves modulaciones de su voz.

Apolo se distingue, según la fábula, por multitud de cualidades: enseña la música á Pandora, obsequia la septicorde lira al divino Orfeo, protector de Ciparisso que moría de sentimiento lo metamoroseó en ciprés, fiel á su amor á Daphne, que fué convertida en laurel, coronó de ellos su frente que también sirvieron de preciado adorno á la lira y á la muerte de Leucotoe regó con néctar el sepulcro de su amada.

Apolo es el sol, encarna un culto nuevo y es para la Grecia el a-

nuncio de una época mejor, por las ofrendas que recibe inunda de luz los horizontes y derrama la vida en los campos, eleva la música á una altura sin igual y á su oráculo en Delfos acude el mundo oriental á recibir la grandiosa inspiración que como nube misteriosa flota en las alturas del inmenso templo.

VICTOR M. JEREZ.

LA PENITENCIARIA DE GUATEMALA.

DRAMA DE ISMAEL CERNA.

(Concluye.)

El hombre se purifica, se engrandece y se eleva cuando dominado de un amor inmenso y sublime lucha cuerpo á cuerpo con el destino que se opone á la realización de sus ideales; y el corazón se ensaucha y se envanece cuando para alcanzar la posesión del bien amado, se le dice: lucha, vence y gozarás. De allí esas vidas legendarias, esos hechos heroicos, esas muertes gloriosas que van pasando de generación á generación rodeadas de aureola inmarcesible. Antonio y María son, en la obra de que tratamos, dos amantes cuyas aspiraciones no se realizarán en la tierra: en el drama ocupan puesto de honor y desempeñan el primer papel. Sabemos que desde la partida de Antonio á los campos de la revolución, María no le ha visto sinó mucho tiempo después en las prisiones de la Penitenciaría, desempeñando las tristes funciones de capataz; ella reconoce en aquel presidiario á su Antonio, que lo ama siempre, lo ama con más intensidad y pureza que en los días de ventura; lo ama y siente necesidad de hablarle, de oír su voz y decirle con toda la efusión de su alma enamorada, lo que piensa, lo que siente, lo que sufre por él: quiere que sus labios le repitan aquel melodioso "yo te amo" de épocas más envidiables, para arrojarle á sus brazos y recibir como antes el beso puro del amante fiel.

Antonio y María están frente á frente. Estos encuentros trágicos de dos corazones que se aman, originan á ve-

ces diálogos sublimes donde la poesía se desborda en torrentes de armoniosos versos. Suponed, imaginad lo que una mujer puede decir á su amante reducido á la condición tristísima de presidiario; lo que puede decir cuando sabe bien que su propio padre, don Sixto, es el verdugo que ha hecho de un hombre honrado una víctima y un victimario; lo que puede decir cuando comprende que esa acción de su padre es capaz de arrebatarse el cariño de su amado, por quien ella vive y á quien ama más que su propia existencia; suponed todo esto y ya tendréis idea de lo que entre María y Antonio va á pasar. Escuchad un momento:

Antº — ¿Se le ofrecía algo?

María—¡ Antonio!

Antº — No miente usted ese nombre!
Ese era el nombre de un hombre
Que la pidió en matrimonio
A usted en días mejores....
En días que ya han pasado....
Fué antes que hubieran entrado
Aquí los libertadores (*con ironía*)

María—Antonio.....

Antº — Luego después.....
No... mejor no hablemos más...

María—Anto.....

Antº — (*interrumpiéndola*) Soy el capataz
Número cincuenta y tres.
Le suplico por merced
No hablar de lo que pasó,
El Antonio que la amó
Ya está muerto para usted.

María—No, no, imposible, imposible!
Qué tú has muerto para mí?
Si vieras tú que es horrible
El dolor en que me inflamo....
Que yo sostengo una guerra
Que no se ha visto en la tierra...
Si supieras cuanto te amo!!

(*con vehemencia*)

Si supieras el vacío
Que tus palabras en mí
Dejan... no hablarás así....
Te conozco, Antonio mío!
Sé que eres capaz de hacer
Lo que asuste, lo que asombre;
Que puedes matar á un hombre
Pero nunca á una mujer!....
Dime que mintió tu boca....
Todo lo soporto yo,
Pero tu desprecio, no....
No, porque me vuelvo loca!...

He aquí una confesión ingenua inspi-

rada por un amor purísimo; palabras de pasión desesperante con que el labio traduce los grandes sentimientos del corazón! Pero sigamos saboreando esos versos donde la poesía del amor palpita.
Antº — Y bien señorita.....

María—Y bien!

No adivinas cuanto lucho?
No ves que si sufres mucho
Yo sufro mucho también....?
No ves mis ojos cuán llenos
Están de lágrimas....no
Ves que ya no puedo yo
Sufrir más... Oye: tú al menos
En tus dolores prolijos
Ves á tus padres honrados;
Pero yo.... ¡ah! los malvados
No debieran tener hijos!

Antº — Señorita!

María—De este yugo
No me debieras culpar....
Dios no me supo encontrar
Otro padre que un verdugo...
En que soy culpable ¿dí?

Estas palabras en boca de María acaso sean tenidas por indignas é inmorales; pero sabiendo quien es ese padre á que se refieren, y cuyos son los procedimientos que observa, tanto con los que á sus manos llegan como con su propia hija, se convencerá de que nada hay de exagerado ni de indigno en tales palabras. Continuemos escuchando.

Antº — Usted no es culpable en nada;
Víctima sacrificada
Es también usted aquí!
Lo sé, lo sé, señorita;
Pero al comprender sus penas
También sé que por sus venas
Circula sangre maldita!

María—Calla... calla... por piedad!

Antº — Sí; la sangre de un malvado;
Del hombre que me ha robado
Toda mi felicidad!.....

.....
¿Qué fué de mi madre?

María—¡ Ah!

Antº — Sí;
De aquella que le encargué....
De mi madre?

María—Ah! no lo sé.

Antº — No lo sabe? Pues yo sí;
Demasiado ¡ Dios eterno!
Si no se puede decir!
Sé que la hicieron sufrir
Los tormentos del infierno!
Sé que después de matar
Cobardemente á mi hermano

Y de llevar al tirano
 Los despojos de mi hogar;
 Después que en esta prisión
 Al padre mío enterraron,
 A ella á merced la dejaron
 De esbirros sin compasión....
 Sé que esa chusma soez
 Después de herirla cruelmente
 La arrojó villanamente
 A la calle... y que después...
 De sucias ropas vestida
 La vieron con planta incierta
 Vagando de puerta en puerta
 A la madre de mi vida!.....
 ¿Qué dice usted?

La acusación es formidable. Don Sixto Prieto ha sido implacable con la familia Muñoz: José fusilado de su orden á presencia de sus padres: don Jacinto reducido á prisión en la Penitenciaría: doña Juana reducida á la miseria y todas sus propiedades confiscadas en beneficio del tirano. Las palabras de Antonio caen en el corazón de María como plomo derretido sobre la llaga abierta. Las frases que siguen son desgarradoras y dan la medida del carácter de un patriota: hay versos relampagueantes y candentes que abrasan el corazón. Sigamos escuchando á Antonio que aun tiene la palabra:

Yo entre tanto
 Por la patria combatía,
 Por la patria en que no había
 Quien enjugara su llanto!
 Combatía con ardor,
 Daba sangre de mis venas
 Por quebrantar sus cadenas
 Y consolar su dolor!
 No era de la propia gloria
 La ambición sublime y santa
 La que guiaba mi planta
 En busca de la victoria.....
 No era el guerrero laurel
 Lo que anhelante buscaba,
 Que en otras lides soñaba
 Ceñir mi frente con él!
 Cuando á la ruda pelea
 Me lanzaba estremecido;
 Cuando al sentirme impelido
 Por la fuerza de mi idea,
 Con loca temeridad
 Iba donde se moría,
 Dos pensamientos tenía:
 Mi patria y su libertad!
 Y cuando en la lid reñida
 Entre el horror de la muerte,
 Pensando solo en su suerte

Y olvidado de mi vida,
 Caí herido de una bala,
 Aun tuve, fusil en mano,
 Dos gritos: muera el tirano
 Y viva mi Guatemala!!
 Mi Guatemala.... Ah! por ella,
 Por ella solo luché.....
 Todo lo sacrificué
 Por esta tierra tan bella,
 Pero tierra envilecida.....
 Por todo ese ruin enjambre
 Que ha dejado morir de hambre
 A la madre de mi vida!!
 ¿Qué mas quiere usted?

María—Por Dios!

No prosigas ... calla! calla!

Antº —Y ahora... ¿qué quiere usted que haya

De común entre los dos?

¿Sabe usted á que he venido?

¿Sabe Ud. por qué he cambiado

Mi nombre, mi nombre honrado

Por un nombre de bandido?

Pues aquí he venido yo

Porque aquí sufre mi padre,

Porque no encuentro á mi madre

Y busco á quien la mató!....

Vengo á herir... vengo á matar...

Matar al esbirro impío

De su padre y... hasta el mío

Sinó lo puedo salvar.....

María—Calla! pero eso es atroz!

No levantes esas voces.

Antº —Conmigo han sido feroces

Y he aprendido á ser feroz...

(Voces interiores)—Aa! ah!! ah!!

Antº —¿No escucha?

María—Ah! si!

Los están matando á palos.

Antº —¿No es verdad que son muy malos

Los que asesinan así?

Pues bien, yo soy uno de ellos!

Yo que al penetrar aquí

Arrojé lejos de mí

Todos los santos destellos!

Yo que me he irritado al ver,

Horriblemente indignado,

Que en cada hombre que he matado

He matado á una mujer!....

Yo que desde la ocasión

Que vine á este matadero

Oigo quejas de cordero

Y ni un grito de león!

Yo que no puedo sufrir

Que no haya en mi patria entera

Uno que sepa siquiera

Cómo se debe morir!.....

Yo que.....
 Pero.... hasta después.....
 Para qué decirle más?
 Ahora.... soy el capataz
 Número cincuenta y tres.

Las últimas palabras encierran una realidad desconsoladora; son verdades, pero verdades negras y amargas donde se revela la triste condición de nuestros pueblos achicados por el despotismo, donde se ve y se palpa la pequeñez de nuestros hombres envilecidos por ambiciones miserables, por glorias banales, por coronas de oropel que la mano de la historia romperá inexorable en su debido tiempo!

Yo que desde la ocasión
 Que vine á este matadero
 Oigo quejas de cordero
 Y ni un grito de león!....

Estos cuatro versos vibrantes, enérgicos, conmovedores, francos, ingenuos, más que ningún cuadro de pintor alguno, ponen de relieve y hacen tangible lo que son en Centro-América las prisiones de los llamados reos políticos, donde solo se oye el lamento de la víctima y el chasquido del látigo del capataz, donde no se ven más que rostros pálidos y desfigurados por los padecimientos, y ceños adustos y amenazantes de hombres avezados al oficio de verdugos!

María hace la defensa de su causa y da tal satisfacción á Antonio, que lo hace exclamar conmovido:

—Por Belcebú!

Esta mujer me avasalla.

María—Repítele lo que me has dicho;

Repítelo; ¡por piedad!

Es mi última necesidad!

Será mi último capricho!

Dí, como en antiguos días,

Mi María!... Antes que muera

Repítele una vez siquiera

Lo que antes me repetías!

Que no hay nada entre los dos

Me has dicho? Escúchame, Antonio;

Si el cuerpo me dió un demonio

El alma me la hizo Dios....

Y esa es tuya, toda tuya!

Merece ser tuya, sí....

Y cuando huyamos de aquí,

Cuando todo se concluya,

Nuestras almas que en el suelo

Tan separadas están

Allá se desposarán

En algún punto del cielo!
 No es verdad, Antonio mío?
 O no crees como yo
 Que hay un cielo?.....

Antº —Qué se yo!

Lo que sé es que desvarío

Lo que sé es que yo creía

Tener fuego, tener calma....

Que quiero arrancarme el alma

Porque te ama todavía.

María—Me amas? me amas?....

Antº —Te amo, sí;

Más no como antes te amaba!

La luz en que me bañaba

Eras antes para mí!

Ahora el corazón se inflama

En algo que es muy horrible,

En algo que es imposible

Pintar.... ahora es una llama

Exenta de regocijos,

Llena de odios concentrados...

Tú has dicho bien... los malvados

No debieran tener hijos!

Te amo con esa pasión

Mezcla de cielo y de abismo

Y que no sabe uno mismo

Si es odio ó adoración!

Con esa pasión sombría

De los que no han de juntarse

Como sin duda han de amarse

La noche y el medio día.....

Así te amo.... de ese modo...

¿Como antes? No... mucho más!

Del bien era antes capaz

Y ahora soy capaz de todo!

Capaz hasta de olvidar

Los juramentos que he hecho,

Capaz de romperme el pecho

Si hay alguien á quien matar!

Capaz de dar al olvido

Mi venganza... mis ideas....

(Voces interiores)—Ah! ah!! ah!!!

Antº —Maldita seas (rechazándola).

María—¿Qué es esto, Antonio querido?

Antº —Que todo ha sido ficción....

María—¿No me amas?

Antº —Te amo!.... me abrazas!!

María—¿Por que entonces me rechazas?

Antº —Porque eres la tentación!

(Vase precipitadamente).

Después de esta escena brillantísima, y en aseveración de lo que poco antes he dicho, ese don Sixto Prieto padre de María, ejecuta una acción escandalosa que contrasta con las expresiones valientes que hemos escuchado de boca de Antonio, y mas que todo con aquellas purísimas é ingenuas palabras sa-

lidas del blanco corazón de María. Don Sixto, después de mil rodeos y frases estúpidas para llegar á su objeto, como conociera la indignación que en su hija causarían sus pretensiones, suelta, cínico y cobarde, palabras capaces de sonrojar el mas empedernido corazón de padre. Reprende y amenaza en estos términos á María que le echa en cara su cinismo:

No me andes á mí
Con escrúpulos de monja.
Te lo digo sin rodeos:
Legustas (*al Presidente*) y me hallado
Para decírmelo. . . . y si sus deseos
No cumplo, el diablo me lleva,
Y es fuerza ser complaciente.

Quien como María tiene una firme convicción de lo que vale la virtud y de lo que significa el honor, quien como ella siente el amor puro y sincero rebozar en su corazón, natural es que conteste con dignidad á ese padre envilecido. Y en prueba de ello copiamos muy pocas palabras. Don Sixto le hace su proposición y luego la interroga:

¿Qué me respondes, María?

María—Que Ud. puede herirme el pecho
Pero no tiene derecho
De hacerme su mercancia!
Que si dejé que mi amor
Arrebatara cruelmente,
Defenderé fieramente
Que haga feria de mi honor!
Eso digo; y desde esta hora
Salgo, señor, de esta casa.

Después hay un encuentro funesto. Doña Juana, la madre de Antonio, llega á la Penitenciaría á implorar permiso para ver á don Jacinto, su esposo, que padece allí desde la muerte de José: por la intervención de María logra, después de injurias y desprecios de toda clase, permiso para entrar á ver á su viejo marido. Pero en vez de la dicha con que soñaba, se encuentra con una desgracia horrible, verdaderamente horrible! Al lado de don Jacinto está Antonio, y aquella madre que juzgaba perdido para siempre á su hijo, estalla de placer en su presencia y exclama delirante:

Dios mío (fijándose en Antonio)

Es mi hijo. . . . no desvarió!

Es mi Antonio.

Antonio, la pesadilla eterna del tira-

no, el gran caudillo revolucionario á quien buscan con empeño para saciar sus apetitos de venganza, está en manos del verdugo y él lo ignoraba. ¡Hallazgo importantísimo que hace saltar de gozo al temible don Sixto! Y aunque la madre y el hijo procuran ocultar aquel siniestro descubrimiento, ya es imposible tratándose de un hombre que, como este, apenas divisa su víctima la persigue tenazmente hasta asegurarla en sus garras. Para cerciorarse si es Antonio el que tiene presente, le ordena pegar á Jacinto su padre; pero aquel después de excusarse y no encontrando otro medio para vencer aquella dificultad, saca su revolver y amenaza á don Sixto, lo que da por resultado que lo amarren y aseguren más en la prisión, y que don Jacinto para no ser apaleado como se ordenaba, pusiese fin á sus padecimientos suicidándose; todo lo cual hace exclamar á Antonio "en tono de blasfemia y con grito desesperado:" ¿Dónde está Dios?

Valiente conclusión la de esta escena! Pues en verdad, cuando sentimos que una injusticia tremenda viene á herirnos en lo más sensible del corazón, cuando vemos con ojos desmesurados la negra realidad que nos arrebató en un momento de adversidad todas las ilusiones de nuestra existencia, nuestros ensueños de gloria, nuestro anhelo porvenir ¿no es natural y justo poner la voz en el cielo y exclamar desesperado "¿dónde está Dios"? Dios, sí; Dios que es la Providencia infinita, que es la Justicia inexorable, el Bien por excelencia ¿por qué no nos oye, por qué nos abandona en esos lances supremos donde se juegan honor, porvenir y gloria? ¿por qué permite que el mal impere y que los tiranos, los enemigos del orden social y moral se levanten sobre las conciencias honradas, sobre las almas justas y los corazones nobles? Allí está la lógica inflexible de los hechos denunciando á los ojos de la humanidad esa verdad aterradora. ¿Y Dios donde está? ¿Y la Justicia qué es? Misterios. . . . siempre misterios!

Es en el acto tercero donde el poeta emplea todos los tintes sombríos de su poderosa inspiración para pintarnos de mano maestra con pinceladas de gran artista, todos los padecimientos, las tor-

turas, las violencias, los robos y vejámenes de toda clase ejercidos en doña Juana y Antonio. Encadenados de pies y manos y empotrados en los muros de la bartolina, sin recibir durante largos días otro pan que el insulto y el sarcasmo, sufriendo su tormento en medio de las tinieblas que se palpan, son despojados de todas sus propiedades en beneficio del tirano, de ese don Justo Rufino Barrios que tan célebre ha hecho su nombre en las páginas negras de nuestra negra historia! Ved como describe la llegada del verdugo y el escribano á la víctima encadenada, y decidme sinó tiene todos los caracteres de aquellos procedimientos inquisitoriales de épocas lamentables que todavía baldonan á la humanidad. Sí; doña Juana y don Antonio firman una escritura en la cual declaran que ceden todos sus bienes á don Sixto Prieto (en beneficio de don Rufino, se entiende) por obra y gracia de la verga del capataz.

Y esto sucede á la luz

Del siglo décimo nono!

Ah! si esto nunca se vió!

Sinó se vió ni en Sodoma!

Nerón incendiando á Roma

Fué infame; cobarde no!

Pero aun en medio de tanta sombra, y á pesar de tanta corrupción y tanta miseria, hay un rayo de luz que despierata y vivifica en el corazon de aquellos infelices la esperanza que alienta el espíritu y lleva á veces el alma á las regiones luminosas del heroísmo ó del martirio.

María, la amada de Antonio, lleva sus consuelos á aquellas bóvedas sombrías para atenuar, si posible es, los infernales padecimientos; burlando las órdenes de su padre, llega á donde gimen los seres que le son queridos, y les lleva pan, les lleva vino, y más que todo les lleva la esperanza de una próxima redención. Ha puesto en acción todos sus ardides de mujer, todas sus influencias de hija para conseguir del impasible don Sixto aquella libertad tan ansiada: él la otorga pero bajo una condición injusta, indigna de quien ama el honor por lo que el honor vale: Antonio y doña Juana serán libres si María se entrega en brazos del infame; es decir, si la virtud se doblega ante los bestiales apetitos de aquel sátiro; y esa libertad la desprecia Antonio, que jamás

permitirá que por su causa ó por su bien se cometa un crimen que mancharía eternamente su nombre.

El hijo ve aquella madre que agoniza retorciéndose en sus cadenas; sabe que tiene hambre, que tiene frío y sed á la vez; comprende que él no puede socorrerla ni aliviar aquella desgarradora situación, y entonces la blasfemia se escapa de sus labios.

Dios insensible!

Te ha invocado en su aflicción

Y aun te invoca inútilmente....

O no eres Omnipotente

O es inútil la oración.

Pero alma grande y corazón de héroe, vuelve en sí, piensa en la eterna justicia reparadora de las miserias de aquí abajo, recuerda que la relijión en que sus padres lo educaron promete un cielo de ventura para los que cumplen con sus deberes en la tierra, y entonces exclama poseído de inspiración sublime:

Dicen que reserva Dios

A los mártires la palma....

(*Ensimismándose á medida que recita*)

Dicen que de ese raudal

De llanto y sangre inocente

Se eleva constantemente

La queja ante un tribunal

Que hay tras ese azul sereno

Donde Dios ha decretado

El infierno del malvado

Y el paraíso del bueno!

Dicen que con nuevo ardor

Los vínculos que en la tierra

Ha roto la horrible guerra

Vuelve á juntar el Señor

En ese cielo lejano

A que pronto llegaremos....

Dicen, madre, que veremos

A mi padre y á mi hermano!

Que amores muertos aquí

Florecen en la otra vida....

Recemos, madre querida!

Sí.... eso debe ser así!!

Pero Antonio contempla siempre con el corazón desgarrado aquella madre que padece, oye las palabras hirientes, los insultos de cuartel con que todos aquellos inconscientes y viles instrumentos corresponden á los lamentos de una mujer que llora su pena, y el odio y la venganza rebozan en su pecho, y maldice á la patria que tales injusticias consiente.

Guatemala, Guatemala!!

Estas maldita de Dios!!!

María no descansa, trabaja, estudia y busca por todas partes un medio para sacar aquellos dos seres de la prisión: consigue á fuerza de súplicas y dinero comprar la fidelidad del oficial que haría la guardia de los reos, y lleva esta buena nueva á Antonio. En esos mismos instantes espira doña Juana atada á sus cadenas, y Antonio loco de dolor, sediento como el lobo de sangre y de venganza, interroga á María:

¿Dijiste que una esperanza?

María—Sí.....

Antº —Ya no quiero morir....

Vivir, vivir.... sí, vivir....

Vivir para la venganza!

Venganza sin compasión

Como no ha habido ninguna...

Que les desgarré una á una

Las fibras del corazón!

Venganza que en la memoria

Quede de toda esta gente....

Que ensangrienté! ¡qué ensangrienté!

Las páginas de la historia....

María—Ah! está loco!

Antº —Lima.... lima.....

(María empieza á limar las cadenas)

Y que mi cólera vibre.....

Una sola hora ser libre

Para caerles encima!

Lima.... lima... las cadenas

Rompe y mucho te querré....

María—¿Me querrás mucho?

Antº —Sí á fe.....

Sí... como quieren las hienas!

Amor que no contendrá

Que nunca se saciará!

Amor que no contendrá

Ni un solo rayo del cielo!

Amor cuya fiebre loca

Tenga infernales abrazos.....

Amor que rompa en pedazos

El alma.....

María—Sella esa boca.

Antº —Así, así... así.....

María—Basta ya!

Con esa pasión feroz

Estas insultando á Dios.

Una sombra funesta viene á desvanecer aquella ilusión de un momento: Antonio delira por la libertad para vengarse de tanta afrenta y de tanto sufrimiento, para ahogar en ríos de sangre aquellos lamentos que salen del corazón herido; y María sueña con los primeros tiempos de su desgraciado amor; pero don Sixto se presenta é interrum-

pe la escena sublime y recoge la última palabra que sale de los labios de su hija, que le arranca una espantosa carcajada.

Dios?... ja ja ja, ja ja ja!

María—Mi padre..... ¡ah!

Antº —¡Tu padre!

María—Sí.....

Mi padre.....

Antº —Mató á mi madre

Y viene á matarme á mí.

¿No es eso?

Sixto —Por Belcebú!

¿Con que por este

No quiere á su padre?

María—Calla.....

No, mi padre no eres tú!

Sixto —¿Qué no soy tu padre?

María—No.....

No es mi padre el homicida...

Aquel que al darme la vida

Todo me lo arrebató.

No es mi padre el delincuente

Que mi deshonra desea.....

No... no... ¡Si solo esta idea

Me está manchando la frente!!

Padre es el que con anhelo

A la virtud nos induce!

Padre es el que nos conduce

Por el camino del cielo!

Padre es quien se hace adorar

Tanto... tanto... tanto, tanto,

Como al Dios tres veces santo

Que vemos en el altar!

Padre es quien nos educó

De la virtud en la calma...

Padres Dios que nos dió el alma

Y no el que el cuerpo nos dió!

Lo oye usted?

Sixto —Prostituida,

Imbecil.... ya lo verás

Si lo soy.....

María—Atrás... atrás (sacando el puñal)

No me haga ser parricida!

Sixto —Pero si apenas lo creo.....

María—Si me ha hecho muy infeliz

Usted.....

Sixto —Calla meretriz.....

María—Verdugo... á los pies del reo!

Yo amo á este hombre, á este hombre honrado

Que está muriendo!

Sixto —Por necio.....

María—Lo amo... y á usted lo desprecio

Porque usted es un malvado!!

Sixto —Si no sé como soporto.....

Soldados.....

María—Llámelos, sí.....

Para él y para mí.....

El plazo, el plazo es bien corto...
 Corte su vida y mi vida.....
 Será mi único embelezo!
 Antº —Un beso.... el último beso
 Maldita mujer querida!!
 María—Sí .. sí... sí
 Un beso y adios! (*lo besa*)
 Antº —Mátame ... mátame!
 María—Sí.....
 Primero á tí . (*le hunde el puñal*)
 Luego..... á mí (*se lo hunde ella*)
 (*volviéndose á Sixto*)
 Para que os maldiga... Di.....os!
 (*cae*).

Telón.

Esta conclusión trágica del drama, es muy natural tratándose de dos amantes sorprendidos en el momento de la fuga por el más rencoroso y cruel de los esbirros y por el más ingrato de los padres. El caso no tiene otra solución digna de aquellas dos figuras: si Antonio y María no mueren así, serían tildados de cobardes y de amantes vuigares, de estos que se apegan al terruño de la vida como la ostra á su concha; y de consiguiente no merecerían los honores de ocupar el primer puesto en una obra que sintetiza toda una época de arbitrariedad y salvajismo. Pero María y Antonio, dirán, siendo representantes del amor, de la justicia y del derecho ¿por qué sucumben de esa manera para provocar la hilaridad de don Sixto Prieto y la satisfacción de don Justo Rufino Barrios? Porque tales han sido los hechos en la vida real, diría yo. Cuando don Justo Rufino cavó su tumba en Chalchuapa, se había colmado ya la medida de sus crímenes.

El drama político, dicen los autores, para ser eficaz y llenar su objeto, debe tomar de la vida real y tangible los hechos y las personas, idealizando los unos y las otras con las bellezas de la fantasía, es decir, que los elementos que informan el drama no deben ser trasuntos serviles ó copias fotográficas en la obra del arte, ni mucho menos frutos monstruosos de imaginaciones soñadoras, sino que el bueno debe ser enaltecido y el malo execrado para que á los ojos del lector y á los ojos del pueblo sea simpático el bien y repugnante el mal, despertando ó robusteciendo así lo noción de lo justo y de lo bello. Que Ismael Cerna ha cumplido con estos

preceptos del arte, no hay para qué decirlo. ¿Quién que lea su drama no siente simpatía por ese Antonio valiente, patriota y guerrero, y por esa María apasionada, firme y constante en las horas más negras de la adversidad? ¡Almas puras, corazones valerosos, que saben coronar con el sacrificio la trágica historia de sus amores! ¿Y quién no siente agitarse el odio en su pecho por ese Sixto infame que cada vez va siendo más ruín y despreciable? Y ved allí ese contraste admirable que se nota siempre en las obras de los grandes escritores: á medida que la figura de Sixto se empequeñece y se amengua, las María y Antonio se engrandecen y se hacen más interesantes: quiere decir, que si por un lado las sombras aumentan, por el otro la luz es más brillante, más esplendorosa.

No por esto aseguramos que "La Penitenciaría de Guatemala" es una obra perfecta: tiene sus errores y nosotros los reconocemos, pero como no ha sido nuestro objeto hacer el juicio crítico de la obra sino consignar una á una todas las impresiones agradables que su lectura ha dejado en nuestro ánimo, queda á las inteligencias de criterio más recto y más ilustrado apuntar esos defectos. Nosotros hubiéramos deseado variedad en el metro, más corrección en la forma y aun más cuidado en la edición; pero estas son exigencias puramente personales que nada tienen que ver con el mérito propio de la obra; pues tengo para mí que el drama de Ismael Cerna, puramente centro-americano, con trascendencias más grandes, como que nuestros vicios y costumbres son análogas en todo hispano-américa, está llamado á perdurar con gloria en los anales de la literatura general, y que es y debe ser timbre y orgullo de nuestra brillante juventud.

ARTURO.

Nueva San Salvador: 1891.

NOTA:—No habiendo sido posible á su autor corregir las pruebas de la primera parte de este artículo, publicada en el n.º anterior, salió con algunos errores sustanciales que ahora se permite corregir.—En la página 144, columna 1.ª, línea antepenúltima, dice: inexorables errores,—debiendo decir *inexorable*, e-

rreros;—y en la línea siguiente se lee: baño de la conciencia, debiendo leerse: *roña* de la conciencia.—Página 146, 1ª columna, y en las dos últimas líneas, hay un Sixto Pérez en vez de Sixto Prieto.—En la misma página, columna 2ª, se lee el verso 9º: Si los déspotas que imitan: lease—Si los déspotas que irritan.—En la página 148, 1ª columna, se lee el verso 7º: José—Por ponernos en miedo: lease: *Fué* por ponernos en miedo.

LA EMBRIAGUEZ COMO CIRCUNSTANCIA ATENUANTE.

La vida da tres especies de frutos: el placer, la embriaguez y el arrepentimiento. Anacársis. (Citado por Descuret. Medicina de las pasiones. Parte 2ª)

“Es posible que uno piense bien y no acierte á expresarse con elegancia; y el escribir sin arte, sin belleza, sin nada que atraiga al lector, es perder tiempo y trabajo. . . ; pues siempre creí que la perfección de la Filosofía consiste en tratar las grandes cuestiones con riqueza y elegancia.” Así se expresaba Cicerón, el insigne orador, el eminente jurisconsulto, el elocuente filósofo, cuando después de perder su influencia en los negocios públicos y haber sufrido las decepciones de los hombres de estado, se dedicó á llorar sus desgracias en la oscuridad del hogar doméstico y á difundir las luces filosóficas en su patria acompañadas del estudio de la elocuencia; pero no brotando de mi inteligencia, los raudales de elocuencia que inmortalizaron á este célebre romano, pierdo gustoso tiempo y trabajo, y fastidiaré la atención del lector, solamente impulsado por el deseo del progreso; vengo á romper con los preceptos del escritor.

Progreso, estudio, ciencia, actividad, es el lema que lleva “La Juventud” por divisa, es el punto

á donde dirige sus pasos, es la estrella que la guía para salir airoso al campo de la ciencia á blandir la refulgente espada del saber. Ante principios tan elevados como sublimes, no hay corazón que no palpite de gozo.

¿Pero qué recurso queda al que carece de saber, y cuya inteligencia no reviste las preciosas galas de la fantasía, para presentarse ante el público? Aun queda uno que produce eficacísimos resultados: la inclinación reverente para implorar perdón.

Confieso que me he encontrado perplejo para escoger el tema que debo desarrollar; pero al recordar que esta Sociedad no tiene por objeto solamente el estudio de la literatura, el buen gusto con que las palabras se deben ordenar en el discurso, sino que también abraza el fecundo estudio de las ciencias, no vacilé elegir entre estas la que descuella por lo elevado de su fin, la Jurisprudencia que lleva por constante norma el *summum-cuique* de los antiguos; y así como de preciosísimo ramo formado de bellas y gallardas flores se escoge la mas fragante y lozana para hacer de ella el estudio preferente así entre este grandioso ramo formado por las ciencias, tomo la que para su estudio ha llamado la atención de los siglos.

Bien comprendo que no es dado á inteligencias oscuras adoptar la intentona de entrar en la discusión continua de las altas é intrincadas cuestiones filosóficas que han agitado á los más célebres jurisconsultos, y en donde esclarecidos talentos han escollado por querer darles una solución conforme á los principios eternos de la justicia y del derecho; pero, no obstante, entre las innumerables cuestiones que el vasto campo de la legislación ofrece, he creído conveniente exponer una doctrina en que pro-

feso ideas contrarias á las adoptadas por nuestras leyes criminales.

Nadie ha puesto hasta ahora en duda el derecho que hay de castigar al que con un acto malo perturba el orden que debe reinar en la sociedad, para llegar á la posesión del bien supremo á que ha sido destinada; y esto no en virtud de un espíritu ruin y vil que impele á la odiosa venganza, sinó haciendo uso de éste castigo como un medio regenerador y eficaz para corregir, escarmentar y reparar el hondo vacío que con una villana acción se ha causado en la ley suprema. Pero no todos estos actos transgresores de esa ley deben ser castigados con la misma pena, como que no todos llevan en sí la misma intención criminal, ni causan el mismo mal ni el mismo escándalo; hechos todos que sirven de norma para la inflicción de la pena. El que hiere ó mata á su adversario en lucha igual, donde las armas son semejantes y llevan ambos igual probabilidad de sucumbir ó vencer, no debe sufrir la misma pena que el salteador que desgarrá su víctima, aguardando el propicio momento y que permanece entretanto oculto tras espesomatorral. No, circunstancias hay que demuestran desde luego el arrepentimiento del hecho cometido bajo la influencia de tiránica pasión, demostrando así la menor perversidad del delincuente, debiendo, por consiguiente, ser menor la pena: mientras que aquel que no contento con quitar la vida á otro, sinó que sacia sus criminales instintos con la comisión de actos que por su naturaleza eran innecesarios para el fin que tuvo en mira, revela una criminalidad superior, y que por lo mismo, la pena debe ser mayor. De aquí la denominación de circunstancias agravantes y atenuantes.

En vista de estas circunstancias

y de las que son eximentes de una responsabilidad criminosa, muchas han sido las dificultades que han surgido para determinarlas y dar así al juez una regla segura á que atenerse. Todas las legislaciones hacen supremos esfuerzos para esta aclaración sin que hayan podido ponerse en completo acuerdo. Una de estas difíciles y delicadas cuestiones es la que me he señalado y procuraré desarrollar como alcance mi débil inteligencia, guiada tal vez por la luz de una sana filosofía y por las prescripciones observadas en el giro perdurable de las sociedades y del pensamiento humano.

¿Cómo debe tomarse la embriaguez para la inflicción de la pena por un delito cometido? ¿Debe tomarse como una circunstancia atenuante? Tal es la tesis.

Códigos y criminalistas distinguidos están en entero desacuerdo al considerar esta circunstancia. Ven algunos una causa suficiente de excusa para la imputación del delito; otros la toman como una circunstancia que simplemente atenúa la pena, y la mayor parte distingue entre la embriaguez habitual y la que es puramente casual con relación al hecho cometido; haciendo además la distinción entre la embriaguez voluntaria para la ejecución de este hecho, y aquella en que no hubo idea alguna para cometerlo.

Desde que en los albores del nuevo día de la ciencia se proclamó la embriaguez como una circunstancia agravante, no se ha vuelto á hacer tal proclamación, y bastaría el trascurso de tanto tiempo para hacer aparecer como errónea esa antigua aseveración. Los griegos condenaban á muerte á los ébrios, los romanos en sus primeros tiempos la consideraban como agravante, Carlos V, según he leído en un reputado periódico, aplica-

ba doble pena al delito cometido por el ébrio, Pítaco rey de Corinto hacía la misma aplicación, y Aristóteles tenía el mismo parecer. Los códigos modernos, abandonando la furia de castigar de que estaban poseídos los antiguos, cambian de rumbo y llegan algunos á considerar esta circunstancia como eximente de responsabilidad.

Las leyes de Partidas, en las injurias contra el rey, eximían de responsabilidad; pues según ellas mismas manifiestan, "*lo hace estando desapoderado de su seso, de manera que non entiende lo que dice,*" y castigaban los homicidios en tal estado con la pena de destierro á alguna isla por cinco años, "*porque fueron en culpa, non poniendo ante que acaesciese aquella guarda que pudieran poner.*" El Código del Brasil considerábala como atenuante, pero fijaba como condiciones: 1º que no fuese voluntaria, 2º que no fuese habitual, 3º que no se hubiese embriagado para eximirse de la pena y 4º que no se hubiese formado el proyecto del crimen. El Código español de 1,822 no la consideraba como atenuante, y el de 1850 tomábala como tal, en su artículo 9, número 9 semejante al número 5 del artículo 10 del nuestro que vino á ser derogado por decreto legislativo de 27 de marzo de 1888, dejándola como una circunstancia enteramente indiferente para la imputabilidad.

Condiciones esenciales para todo acto humano son el conocimiento y la voluntad deliberada, condiciones que son específicas y conaturales del hombre en su obrar; y desde el momento en que una de estas falta, el hombre no tiene mas actos que el vivir y el sentir, cosas que son comunes con las demás sustancias animales. Facultades esencialmente constitutivas del ser racional son la inteligencia y la libertad, y todos sus actos de-

ben llevar el sello de estas facultades, descendiendo, en caso contrario al nivel de los demás animales: por esto se ha dicho, y con sobrada razón, que "acto humano es aquel que procede de voluntad deliberada."

Que la embriaguez priva de la inteligencia y la razón, es un hecho tan claro é inconcuso que apenas merece enunciarse. En este estado el hombre pierde la conciencia de sí mismo sin poderse percibir de lo que á su lado pasa, se vuelve estúpido, sufre la excitación de sus pasiones, y le conduce con más facilidad á la comisión de los crímenes, se exalta la imaginación y las "facultades volitivas y concientes se paralizan."

De tal razonamiento no pueden algunos menos de deducir que la embriaguez es una circunstancia que exime de la pena. En los actos humanos para juzgar de su moralidad — que es base de toda ley, hay que remontarse á su principio: cierto es que el ébrio se priva de su conocimiento; pero actos que por su naturaleza son inmoraless no deben servir de seguro escudo para la pena: antes que se llegue á un estado tan brutal se puede reflexionar sobre las funestas consecuencias que podrían sobrevenir; púdose reconocer el trastorno á que sujetaba su organismo y todas las facultades del espíritu, haciendo que la materia se sobreponga á la parte más noble y elevada que debe presidir nuestros actos. No es, pues, del todo excusable un hecho como el que trato; hay cierta imprudencia, cierta falta de previsión que le sujeta á sufrir todos sus malos efectos, por ser él quien con su voluntad mal dirigida llega á la práctica de hechos penados por la ley, reprobados por la conciencia y anatematizados por la sociedad.

En el continuo obrar de la vida

humana, los hechos están ligados con tan estrecha relación de dependencia que los unos vienen á ser causa de los otros, y estos á su vez engendran otros de que son su inmediata causa. Desde que la voluntad quiere realizar un acto pasándolo previamente por la aprobación de la razón, desde que esta voluntad viene á mover nuestro organismo para la ejecución de un hecho puramente externo que cae bajo el dominio de la humana inteligencia, encontramos una causa primera, una razón de ser de este hecho; pero de aquí pueden originarse otros de una manera inmediata que vengan á ser como secuela del principal, y en este caso, creo tiene completa aplicación el principio: "lo que es causa de la causa es también causa de lo causado;" y por consiguiente debe imputarse el segundo hecho al agente, de una manera racional. Esto mismo sucede con el ébrio: él conocía ó debió haber conocido los efectos de su extravío, y debió haberse privado de un acto que de suyo es inmoral, y que acarrea las malas consecuencias de hechos que son producto de instintos perversos: debió haber previsto que trastornaba el orden de sus facultades, haciéndole obrar solamente la parte material sin dirección alguna de la inteligencia; toda vez que la embriaguez priva mientras dura, de esa preciosa facultad con que Dios nos dotó para distinguirmos de los demás seres sensitivos.

No hay, pues, no puede haber, como se pretende, comparación entre el loco ó el demente y el ébrio. Ambos están privados de su razón, al grado que Séneca llamó á la embriaguez "locura voluntaria;" pero el primero, lo está por una causa independiente de su voluntad, mientras que el segundo por una causa voluntaria.

Por esto creo que al ébrio que delinque se debe castigar, y todas las razones aducidas para eximirle de responsabilidad, no sirven sino para atenuarla. Hacer escarmantar al ébrio con la misma pena que al que en pleno uso de sus facultades cometió un acto malo, es hacer la comparación manifiestamente absurda entre el hombre cuerdo y el "loco" aunque "voluntario;" es pretender dar el mismo carácter de criminalidad al que solamente se le puede atribuir una culpa por grave que sea, con el que con ánimo deliberado causó un mal.

Nuestra ley, poseída no sé de que sentimientos, toma la embriaguez como una circunstancia indiferente: en los considerandos de la reforma mencionada, no se da una explicación que satisfaga. Tal vez se dirá que ha sido motivado á la facilidad para probar, aunque sea falso, esta circunstancia; pero esto no es remedio para el mal: no serviría sino para probar lo ineficaz de una prueba que, como la testimonial, es tan peligrosa y necesaria: solamente induciría á la conveniencia de proscribir, si posible fuera, de todo acto judicial la prueba por testigos. Además, si el argumento dado llegáramos á extenderlo á todas las circunstancias, menester sería borrar de una vez todas las atenuantes y agravantes, puesto que todas están expuestas á la misma falsedad: lo que es un absurdo.

Opónese también, que el ebrio muestra más su demoralización, confesando ó pretendiendo probar un hecho de suyo degradante y repulsivo. Confesar el hombre sus desvíos no es una circunstancia que debe agravarle la pena; muy al contrario, con eso demuestra su lealtad, su amor á la verdad; revela que conociendo el error en que ha incurrido, trata de darla, con

prueba de esta circunstancia, una pública satisfacción de que no es tan criminal como se le supone.

Compréndase desde luego que considero la embriaguez involuntaria para tenerla como atenuante; la del que deseando mitigar un tanto sus pesares, recurre al maléfico expediente del licor, del cual abusó, se embriagó y cometió un delito; mas no la del que con propósito deliberado y ánimo decidido se embriagó para tener más valor de cometer un crimen. En este caso no cabe la idea de atenuación. Tenía el firme propósito de cometerlo, tenía decidida intención, no faltaba más que el acto externo, y para ponerlo en práctica recurrió al licor. El que tal hace, muestra su deseo criminal, da un paso más en la senda del desorden. Tal vez el crimen se hubiera evitado si no fuera este segundo extravío; pero en la imposibilidad de poder juzgar eventualidades, débese estar á lo que de actos ejecutados con anterioridad hubiera podido resultar, y tomár los últimos como legítima consecuencia de los primeros. Con antecedentes de esta naturaleza nadie puede eludir el rigor de la ley, y aun cuando se le califique de severa, no puede menos de estimarse como justa.

Todas estas razones me inducen á creer que la embriaguez involuntaria debe estimarse como una circunstancia atenuante, opinando así de una manera contraria á la doctrina sancionada por nuestro Código; y que cuando esta embriaguez es procurada, solamente se descartará esta circunstancia del delito y se aplicará la pena que al mismo delito corresponda.

Esto en cuanto á la embriaguez que es un hecho puramente accidental, con respecto á aquella que es aislada y casual con relación al delito cometido. ¿Qué será cuando a embriaguez es habitual y dege-

nera en borrachez? Mi opinión es por que se tome como circunstancia atenuante ó indiferente, según los casos. Muy aventurada, por cierto, es esta opinión que ahora emito, cuando me pongo en abierta contradicción con los códigos más reputados y los criminalistas más distinguidos; pero por si fuere errónea, que me sirva de disculpa mi ninguna ilustración y el corto alcance de mi inteligencia.

Convengo con los que opinan de una manera contraria á la mía, en que la borrachez es la pasión más degradante é ignominiosa, que es la más fea y asquerosa, la más odiosa, la más bestial y que rebaja al hombre al nivel de los brutos; pero también debemos considerar que es una pasión y que debe ponerse en práctica por hombres; y que nadie puede jactarse de no guardar en su pecho un sentimiento inmoral; puesto que, aunque seamos perfectibles, nadie es perfecto, solo Dios.

En todo orden de cosas, para juzgar de su conformidad con la moral, debemos elevarnos á la causa primera de éstas. A nadie se le ha ocurrido hasta ahora castigar al que empujado por otro, fué causa inmediata de un perjuicio ocasionado: esto lo decían los romanos en su definición de delito, de acuerdo con el común sentir de las gentes, con los elevados principios de la filosofía y de la justicia: nuestro Código y otros más sancionan esta disposición. Pues casi lo mismo sucede al hombre con la borrachez: juega éste un papel secundario, es un medio para que se practique la maldad. Siéntese el hombre inclinado á esta miserable pasión por una fuerza interior hasta cierto punto irresistible luego que hubo adquirido los malos hábitos que á ella conducen; y á tal grado llega esta poderosa inclinación, que hace al borracho despreciar los ali-

mentos y todo lo útil de su vida, por un vaso de licor. La diaria observación nos lo demuestra.

No por esto se crea que aquí vengo abogando porque se deje impune el delito cometido bajo tales circunstancias, no; comprendo desde luego que "los vicios no han de ser causa para eximir de la responsabilidad de los crímenes", vicios que se hacen tanto más aborrecibles, cuanto son más habituales.

Es dotado de facultades intelectuales en las que hay un orden de jerarquía por el cual las inferiores deben subordinarse á las que son de una especie superior: en la constante observación de este orden y en el buen uso que de estas facultades se haga, es donde el hombre debe ostentar su grandeza, su perfeccionamiento. La inteligencia, como facultad conocedora, debe sobreponerse á la voluntad para la práctica de las acciones humanas; el instinto, como influyente en el obrar, debe también sujetarse á la razón, toda vez que desde que la imaginación concibe algún acto, debe ponerse en práctica, previa censura de la inteligencia. A nadie se le oculta lo inmoral y repugnante de la borrachez, todos ven en ella un trastorno en el orden de las facultades: la mala voluntad y el instinto se sobreponen á la razón; y el hombre que no tiene suficiente fuerza de voluntad, que no tiene carácter para manejarse y se desvía así del camino del orden, hay que hacerle volver á él con una penalidad proporcionada al desorden causado.

Por esto es que creo que al borracho se debe castigar.

En la constante lucha que existe entre la materia y el espíritu, uno de éstos está llamado á sucumbir, y cuando esto sucede con la materia, se adquiere cierta nombradía que nos eleva sobre los demás; se adquiere un mérito que acrecenta

nuestra dignidad; mas no sucede así cuando el espíritu sucumbe y este, que es la parte más noble y elevada, se encuentra bajo la influencia de la materia; entonces el hombre es envilecido y degradado, pierde su carácter de sér racional y moral; pero no es dado exigir de todos y de cada uno tal fuerza de voluntad, tales rasgos de heroísmo. Hay desgraciados que se rinden, que caen en la bárbara esclavitud de las pasiones, y estos, lejos de ser merecedores de todo el rigor y severidad de la ley, merecen compasión, sin llegar por esto al extremo de salvarlos de la pena; hay que "respetar los decretos del cielo en la desgracia", y este precepto de humanidad se cumple con la conmiseración al desvalido. La ley también entiende de eso que llamamos con levantado orgullo, humanidad, y no tiene sólamente perfecta idea de perjuicio, pena y moral. Tendríamos, pues, una razón para considerar esta circunstancia como atenuante.

No se crea que con esto se confunde al ébrio habitual ó borracho con el que por casualidad se embriagó, no; si para la atenuación de la pena hay que tomar en consideración la entidad de las circunstancias que concurran con este objeto, á nadie se le oculta que es de mayor entidad la circunstancia de no ser habitual, imponiendo por consiguiente, en grado más elevado la pena al ébrio habitual que al que no lo es.

"A la medicina, dijo un autor de filosofía moral, le toca auxiliar á la moral en la grandiosa obra de mejorar la suerte de los hombres", y por esto me he dedicado á buscar la razón de la borrachez en autores de Medicina Legal, siguiendo en su generalidad al distinguido médico francés J. B. F. Descuret, en su tratado "Medicina de las pasiones".

Este célebre autor, al hablar de la borrachez, después de darnos su definición, hace referencia de las principales causas de ella. Enumera entre estas causas, la edad, el sexo, la constitución, las profesiones, la ociosidad, los reveses de fortuna, las enfermedades, el ejemplo, la trasmisión hereditaria, el clima y la civilización.

De todas estas causales de la borrachez hace el autor un examen bastante extenso y en cuanto á las tres primeras, dice: "La borrachez casi no existe en la infancia, en la juventud se encuentran ya por desgracia numerosos ejemplos; pero las épocas de la vida en que es más común, son sin disputa la edad adulta y la vejez. Repetidas observaciones y los recuentos estadísticos prueban que el hombre se entrega á esta pasión con más frecuencia que la mujer. Esta consecuencia que ya hubiera podido sacarse *á priori*, se desprende naturalmente de las ocupaciones sedentarias de la mujer y del oprobio que el mundo hace pesar sobre la que con tal vicio está manchada. Hase notado también que los sanguíneos y los biliosos parecen más inclinados á esta pasión, que los dotados de otro temperamento". Advierte, además, cuando habla de las causas de las pasiones en general, la señalada influencia, con respecto á las mujeres, de la preñez; dice así: "el útero desenvuelve también simpáticamente en ella gustos extravagantes, antojos y una propensión á los licores fuertes, de los cuales abusan á veces de una manera espantosa".

Semejantes y oportunas explicaciones continúa haciendo de las demás causas que dejo apuntadas; y en verdad que basta reflexionar un poco para reconocer, siquiera aproximadamente, la influencia que estas circunstancias pueden tener para dar á un

hombre el odioso título de borracho.

Ahora bien: ¿Qué culpa tiene el hombre de ser adulto ó anciano, bilioso ó sanguíneo, de haber sufrido reveses de fortuna, de tener tales ó cuales enfermedades, de haber recibido un mal ejemplo, de haber adquirido la triste herencia de vicio tan repugnante ó de hallarse bajo la influencia de tal clima ó temperatura? ¿Y la mujer, qué culpa tiene de hallarse en un estado que es tan conforme á su naturaleza, como la preñez? Circunstancias son estas que, como dejo dicho, ejercen poderosa influencia para volver una alma cándida y virtuosa al sendero del vicio, que es causa inmediata del delito, y todas son enteramente independientes de la voluntad.

Al colérico, al celoso, al amante, le sirve de atenuante la cólera, los celos y el amor. Así lo expresa nuestro Código al hablar de los "estímulos poderosos que naturalmente hayan producido arrebatos y obcecación" ¿Y por qué la borrachez no puede servir de atenuante? El temperamento, la edad, la profesión, la trasmisión hereditaria, causas intrínsecas del amor, los celos, ¿no son por ventura causas de la borrachez? ¿No es la borrachez una pasión como las demás? Si, dice el autor antes citado; y por consiguiente debe tomarse, según mi pensar, esta circunstancia como atenuante.

Estos defectos son más notorios en todas aquellas legislaciones que, como la nuestra, facilitan en sumo grado el espendio de licores espirituosos, al punto de obligar de una manera indirecta, la venta de cierta cantidad de botellas de aguardiente al mes, debiendo sancionar, aunque en parte, las consecuencias de este espendio. Dadas estas circunstancias, no considerar la embriaguez habitual como atenuante,

es tratar de torcer el curso de un río poniendo el dique en su confluencia en lugar de ponerlo en su nacimiento; esto es combatir el efecto, dejando ilesa la causa para que siga produciendo los tristes resultados que se trata de evitar.

La cultura y moralidad de un pueblo, influyen de una manera palpable en la propagación de los vicios, y si son las causas las que se deben combatir para evitar los perniciosos efectos, como lo dicta lo razón, procúrese instruir, moralizar y educar primeramente. El salvaje, el corrompido, el que no ha llegado siquiera á un mediano conocimiento de sus deberes, abandona los dulces y gratos placeres del espíritu, por dedicarse con ímpetu á la práctica de los placeres materiales. Instruido y educado que sea un pueblo, habrá más razón para desconocer sus pasiones; y llegaremos á la meta de nuestra perfección con la práctica de la reudentora máxima de "libro, libro y más libro".

San Salvador, 1891.

JULIO CHACÓN.

AL BORDE DE UNA TUMBA.

(Á LA MEMORIA DE UN AMIGO.)

Hay días oscuros en la sucesión de los tiempos y momentos supremos en que la negra sombra del infortunio envuelve incicuamente al corazón humano. Las leyes del espíritu como las de la materia son á veces demasiado crueles y terribles, pero siempre inmutables.

Por más que se diga de los sucesos sorprendentes como manifestaciones de la ley de los contrastes; por más que se asevere la sarcástica verosimilitud de las interrupciones monstruosas del orden natural;

por más que se revistan del carácter extraordinario y maravilloso ciertos fenómenos raros de la Creación por su aparente contradicción al curso normal de las cosas preestablecido por el atinado Ordenador del Universo, siempre quedará en pié aquello que dice: "la naturaleza no procede por saltos," porque todos sus actos están ajustados á principios inviolables y reconocen por causa una voluntad superior, permanente é inflexible. El mundo no es hijo del acaso, ni de una fuerza ciega, sinó obra del poder y sabiduría de una inteligencia infinita: "*omnium rerum descriptionem et modum, mentis infinite vi et ratione designari et confici voluit,*" dice el sabio Cicerón, refiriéndose al orden regular del mundo y á la marcha acentuada y medida de las cosas.

Si hasta nuestros días se ha hablado y se continúa hablando de acontecimientos asombrosos y contra-naturales, ha sido porque las leyes que les han dado origen han permanecido inaccesibles á la penetrante mirada del hombre. El error no existe en la naturaleza, sinó en la inteligencia humana!

El hombre abatido por el satánico furor de su soberbia y vanidad cree comprenderlo todo, y la opulencia de su orgullo lo ha arrastrado repetidas veces á la orilla del abismo y del precipicio.

Si la razón humana tuviera pleno conocimiento de los invisibles resortes de la armonía universal que identifica la existencia de Dios, el misterio se desvanecería y no tendría razón de ser. Pero hay una fuerza única y primordial que ha colocado delante de nosotros ciertas vallas inexpugnables, que nos ha cerrado ciertas puertas infranqueables y ha aprisionado las expansiones de nuestra inteligencia en un círculo cuyos límites no podemos traspasar. Querer avanzar

más allá es querer rivalizar con el mismo Dios!

Confórmese la ambición del hombre con lo que está al alcance de su poder demasiado finito y su saber será más meritorio, límitese á admirar lo que le está vedado comprender y admirará en ello la grandeza del supremo Artista.

La muerte es uno de los eslabones de la cadena infinita de la armonía universal, y desgraciadamente ese paso fatal y luctuoso del ser al no ser se consuma siempre á expensas de la orfandad.

La orfandad se manifiesta en el alma y se califica por el sentimiento: es la expresión inequívoca de las lamentaciones del dolor que afluven en lóbrego raudal del fondo del corazón destrozando sus delicadas fibras con todo el furor de la hirviente lava que vomita el cráter de un volcán.

Las penas de este valle mundanal son ineludibles, porque todos los seres racionales están condenados á las alternativas entre el placer y el dolor. El sufrimiento es una consecuencia inexorable de la vida; no por esto quiero decir, que vivir es llorar, como dicen los prosélitos de la doctrina escéptica y singular del famoso filósofo griego Heráclito de Efeso.

Quizá no hay ser humano que no haya sentido alguna vez las melodiosas notas de las arpadadas cuerdas de su corazón vibrando al unísono heridas por el diestro plectro de otro ser bajo la influencia íntima y misteriosa de ese fluido sutil del magnetismo y la admirable comunicación de los espíritus atraídos por el mágico talismán de la simpatía. ¿Quién no ha poseído el precioso tesoro de la amistad? ¿quién no ha sido partícipe en el cariñoso consorcio de dos almas que se aman? Nadie talvez. Pues

bien, si todos participamos de esa intuición sublime del amor, cada individuo que paga su último tributo á la materia y huye de la superficie terrestre en busca de lo desconocido es un astro que se eclipsa en el hermoso firmamento de la hiperfelicidad para dejar un vacío, vacío patético que se encarna en los microscópicos tejidos del corazón del amigo sobreviviente con todos los siniestros reflejos de la orfandad.

Cuando al plácido calor de la familia todo sonrío en derredor nuestro, el cielo con su traje azul guardado de esmeraldas y la naturaleza entera vestida de gala nos dan aliento para gozar y vida para saborear el dulce néctar de las personas queridas que forman el jardín delicioso del hogar, nuestro corazón palpita de una manera desordenada como si el pecho fuese muy reducido para contenerlo; entónces no pensamos en el dolor, y, ¿para qué pensar si somos tan dichosos? Más ¡ay! cuando la felicidad y la ventura son nuestro patrimonio, cuando embelesados contemplamos todo lo creado á través de un vidrio color de rosa, parece que la naturaleza envidiosa de nuestra dicha conspira contra nosotros para robarnos talvez al padre, á la madre, á un hermano, ó á un amigo querido, y, ¡adios dicha, adios felicidad! El prodigioso prisma cae de los ojos para romperse en mil pedazos, el cielo palidece, las estrellas arrojan la última ráfaga de luz, el ambiente se altera y nos asfixia y denso crespón color de azabache envuelve al moribundo corazón. El rudo golpe nos hace vacilar y exclamar en coro con los ateos: "Si hay un Dios que cuida del mundo, ¿por qué permite tantos males?" "¡Qué injusticia!" "¡Qué desórden sobre la tierra!" y concluimos por creer en la desgracia

La mente frágil y calenturienta en su ígneo afán de penetrar lo impenetrable se ahoga dentro de los límites que le señala la razón, y henchida de su intuitivo atrevimiento lanza su temeraria mirada á través de las regiones incógnitas del infinito donde cree entrever la imágen verdadera de sus ilusiones; intenta osada escudriñar las enigmáticas sombras de ultratumba para rasgar de un tajo los velos del misterio, y salir triunfante con el albo estandarte de la verdad en la diestra y la corona de la gloria sobre las sienes. ¡Oh! delirio! Las fantásticas lucubraciones de la imaginación no hacen más que engendrar la adinamia en el espíritu! Los ideales productos de una fantasía trastornada se disipan más rápidamente que las vaporosas emisiones de una gota de éter al rigor del sol! ¡Pobre imaginación! Queréis sondear las inmensas profundidades del imposible, y te faltan brechas para sorprender el fin; queréis penetrar en la tétrica oscuridad del laberinto sin el célebre hilo de Adriana, y solo con la ténue lucecilla de una lámpara, á buscar lo incorpóreo é impónderable, sin pensar siquiera que allí donde falta la partícula más infinitesimal de oxígeno necesaria para la combustión de tu vela tu luz se apagará, y quedaréis fluctuando en la procelosa superficie de un océano oscuro, sin rumbo y sin destino y sirviendo de débil juguete á las horribles trombas de la tempestad que se alzan altas á desafiar el cielo con su lengua de espumas y sus entrañas de fieras marinas para desplomarse avergonzadas de su impotencia lanzando un rugido plutónico, retumbante y atronador, que hace estremecer los caldeados minerales que hierven bajo la delgada corteza del planeta de Adán.

El hombre ha tenido necesidad de amar porque en el amor encuentra el bálsamo de sus padecimientos. La vida sin los inefables atractivos del amor sería monótona como el discordante graznido del cuervo; la organización se volvería caquética, lánguida y de tinte céreo como si se nutriera de algún fluido infeccioso y lúgubre semejante al hálito fatídico y horripilante de los sepulcros; el espíritu contagiado de los males del cuerpo se aniquila y la sensibilidad interna se embota, porque el amor todo belleza, todo poesía y toda ternura es la márgen del sentimiento, y el hombre sin sentimiento sería algo menos que indigno de las obras del Criador. ¿Habrá espíritus apáticos? (!)

Dios desde que formó el linaje humano colocó en el corazón de sus criaturas los cristalinos manantiales de lo bello, quizo imprimirle como á todas sus obras los brillantes caracteres de la perfección: "la sabiduría infinita no obra al acaso."

La facultad de amar es inherente á la misma naturaleza del hombre.

Las almas se comunican, se entienden y se aman.

La amistad es una forma sublime del amor: es la esencia pura y deliciosa que el cielo ha difundido en los espíritus inteligentes; es el reflejo de los resplandores con que la Aureola divina ha iluminado las poéticas y decoradas estancias del corazón del hombre; es una fuente inagotable de la concepción donde el poeta moja su pluma para demarcar maravillosamente las perfiladas formas de sus elevados pensamientos, y donde el pintor empapa sus pinceles para comunicar hermosura á sus acuarelas y demás obras del arte. El filósofo que se trasnocha algunas veces intentando sujetar los abstractos ele-

mentos de lo ficticio á los moldes caprichosos de su pensamiento y á los lazos de acero de sus ingeniosos devaneos encuentra en las aulas sentimentales de la amistad conocimientos nobles que dimanan del orden moral.

La amistad en sus arrobadores idilios nos trasporta á los dinteles del paraíso de los bienaventurados y nos conduce á los umbrales del templo del placer, de la dicha y el deleite, porque la amistad implica felicidad.

Pero las cosas nacidas de lo infinito tienen que ser finitas: la gran cadena del Universo tiene el primero y el último de sus eslabones en la omnipotente mano de su Autor.

Las prescripciones de la Providencia están escritas con indelebles caracteres allá en lo Alto!

Detrás del vislumbre diáfano de la silueta pintoresca de la felicidad nos acecha cauteloso el infortunio, al lado del bienestar están los amargos sinsabores, con su ceño amenazador, como la terrible espada de Damocles suspendida de la bóveda celeste, esperando un instante propicio para desgarrar con sus aceradas uñas las delicadas fibras del corazón y emponzoñar con su venenoso aliento las dulces horas de la existencia humana. . . . ; Oh vida! ; Cuán limitados son los goces de la tierra! ; Qué grandes y sublimes serán los de la eternidad!

Perdona amigo querido si con mis quejas y sollozos he venido á perturbar la tranquilidad de tu pesado sueño, perdona si con el vago repercutir de mis palabras me he atrevido á remover el sagrado seno de tus cenizas! Pero una fuerza poderosa me ha impelido hácia las tierras santas de este valle de Josafat donde tantas veces ha acudido más de un desgraciado á te-

jer un tupido dechado de gemidos, ayes y suspiros al son entrecortado de su llanto y al compás de sus mal articuladas expresiones de cariño y de dolor que se resuelven en religiosa confusión. Aquí donde impera y consterna el grave silencio de las sepulturas, aquí donde no se oye jamás las alegres modulaciones del ruiseñor, donde la soledad contrista el espíritu y nos hace pensar en Dios y la inmortalidad, donde vemos desalentados el término fatal de las vanas ilusiones de la vida y donde las emanaciones espectrales petrifican el cuerpo y hielan el alma, vengo á ofrecerte en fúnebre holocausto las místicas plegarias de mi corazón en aras de la sinceridad y á regar sobre tu fría loza las lágrimas puras de la orfandad!

RAFAEL E. CHÁVEZ.

San Salvador: 1891.

EL ESTUDIO.

Por demás está encarecer las ventajas que el hombre reporta del estudio, si saltan á la vista sus grandes beneficios. De inculto se vuelve sociable y amigó de los otros hombres, porque así aprende que ha de dar cabida en su corazón á los sentimientos generosos, á esos sentimientos de nobleza y de hidalguía, que trasforman al ser humano en una figura grandiosa y elevada: que ha de poseer en su pecho mucho amor por la humanidad, mucho entusiasmo por la patria, y en su regocijo llegar hasta el delirio cuando se trata de defender la libertad querida.

Estudiemos y encontraremos bastante que aprender de los que nos han precedido en la incesante carrera de las generaciones que se llama la vida. El estudio ha sido siempre fecundo manantial de he-

chos prodigiosos. Imitemos á los hombres superiores, porque ellos nos han mostrado el camino de la perfectibilidad, porque ellos nos han enseñado que es preciso constancia, trabajo y fe para alcanzar la meta de las grandes aspiraciones.

La historia de la humanidad es un libro abierto para todos, en donde se descubre el premio que merecen los benefactores y los filántropos, al mismo tiempo que la reprobación á que son acreedores los espíritus pequeños y los miserables. A un lado encontramos el amor y las coronas de laurel para los buenos y al otro el desprecio y la indignación del fallo inexorable de la justicia para los agentes del mal.

El libro salva á las sociedades de la degradación y de la miseria. Traedles á la memoria la vida de las naciones heroicas y prorrumpirán en épicos cantares. Que sepan que los héroes de Polonia "murieron cantando en la boca de los cañones" al recibir el postrer aliento de la patria. Que Juárez se lanzó como un león á defender los fueros de un pueblo libre; y vereis enaltecerse á los hombres y á los pueblos.

El estudio es una conversación continuada con los pensadores de todos los tiempos. Por eso las bibliotecas contienen las ideas de todas las generaciones, los pensamientos de todos los siglos. Los que han abandonado el mundo nos hablan todavía por medio de sus obras. Y así es como escuchamos aún la elocuente palabra de Cicerón, de Demóstenes y de Pericles; y nos deleitamos con las estrofas de Virgilio, de Píndaro y de Lucrecio. Presenciamos á Juvenal con su látigo corrigiendo las costumbres, á Moisés irradiando los destellos del Sinaí, á San Juan subiendo, subiendo hasta la inmensidad del genio, cual águila inmensa.

La lectura es como el despertar de un bello día, como el resplandor de una alborada hermosa. Cada página que recorremos de un libro, son torrentes de luz que van á disipar las tinieblas que cubren la humana inteligencia.

De esa manera ha comprendido el hombre los designios providenciales, que le mandan, según la bella frase de Lamartine: pensar con justicia, vivir honestamente y morir con esperanzas.

Pensar con justicia es una de las condiciones que necesariamente se requieren para obtener nuestra regeneración, pues de ese principio emana la verdadera felicidad, porque es la norma del bien y el modelo de las acciones.

Sócrates pensó con justicia y por eso ha merecido los aplausos de todos los tiempos. Con justicia pensó Epaminondas, el más grande de los griegos, como lo apellidó el orador romano, al dar su vida por la independencia de su patria, y aun nos causa admiración la grandeza de Tebas, que tenía hijos de la talla del vencedor de Mantinea. Con justicia pensó Cornelia cuando dijo que sus joyas eran sus dos hijos, aquellos que más tarde debían ser los defensores de los derechos del pueblo, y la distinguida matrona romana es el prototipo de las mugeres ilustres. Luciano Bonaparte, al descender á la barra para defender á su hermano cuya proscripción pedían sus enemigos políticos, Luciano Bonaparte, después de haber despreciado cetros y regias coronas, al defender á Napoleón caído, es una gran figura que nos recordará siempre que el deber está sobre todos los poderes.

Cuando el pesar abruma nuestros corazones y la realidad de los desengaños nos muestra con toda su desnudez las miserias humanas, hallamos un lenitivo en la lectura

de las obras literarias. ¿Quién no se deleita al leer las páginas tiernas y conmovedoras del autor de las meditaciones poéticas? ¿Quién con Núñez de Arce no delira y ama, al sentir en las profundidades del alma las impresiones que producen sus ritmos sublimes? ¿Quién que lee á Castelar no se entusiasma, y qué pecho no se siente encendido por el fuego de las ideas generosas, que, cual effluvios inmortales, se desprenden de su elocuencia soberana?

Leed á Víctor Hugo, á Juan Montalvo, á Roque Barcía, á esos apóstoles del progreso, vosotros que pisoteais los derechos de la humanidad, y aprendereis que la justicia vence, que la verdad no perece, que las causas buenas son las causas del pueblo y de la libertad. Aprendereis que estamos obligados á contribuir con lo que somos al adelanto social, viviendo como lo ordena la recta razón, procurando el bien de nuestros semejantes y nuestra propia dicha. La felicidad no puede obtenerse si los hombres son ignorantes, y si perseguimos un ideal, la razón necesita desarrollo y expansión la inteligencia. Quitadle el libro á Cervantes y no será el príncipe de la literatura española. Quitádselo á Flanmarión y no se deleitará contemplando los mundos infinitos que cruzan los espacios del cielo.

No hay duda: el libro es la civilización, si se suprime, la humanidad perece.

F. MARTÍNEZ S.

MISERIA.

Es inmensa la responsabilidad de un padre de familia: él hace al criminal y al hombre honrado. Cuando no infiltra en el corazón de los hijos la maldad con el ingrato ejemplo, con el escándalo, es-

timula el instinto malo con el consentimiento y con el aplauso de las primeras acciones perversas del niño.

Y si á la educación sana y sabia no junta la enseñanza de un oficio ó profesión independiente, hace por lo general hijos miserables. Mucha alma necesita el hombre para escapar á la bajeza cuando no tiene garantida su independencia: el mundo está lleno de desgraciados por esta causa.

La independencia asegura la dignidad, á menos que se nazca con alma de lacayo. Cualquier oficio ennoblece; la holgazanería degrada y lleva al hombre á cometer las más abominables bajezas. Cuando el estómago tiene hambre y la bolsa está vacía y las manos no pueden ganar el pan, queda el camino de la desvergüenza, y como es llano y fácil, la mayoría se precipita en él, si no se va con el puñal á la encrucijada á bañarse en sangre y á meter las manos en los ajenos bolsillos. Se necesita comer, y hay que comer; se necesita alimentar los vicios, y por fuerza hay que alimentarlos; se quiere satisfacer ambiciones y hay que satisfacerlas: el descaro hará lo que no pudieron los músculos que levantan el yunque y las manos que empuñan la azada.

Y al niño se le ha de dar el oficio para el cual lo destinó la naturaleza: nace el hombre zapatero y solo para zapatero es bueno, haciendo zapatos será feliz y quizá mascando la suela se distinga; nace para juriconsulto, y alumbrado en las tinieblas del foro; para médico y junto al lecho es angel y en la academia faro. No hay que torcer la disposición natural, porque se va á la miseria, la miseria del cuerpo ó la miseria del alma. Esto es lo que hace el mayor número de miserables que llenan la sociedad; piezas dislocadas é inútiles,

no llenan ningún fin benéfico. Naturalmente, quien erró la profesión es mal profesor, y como la materia es inexorable y cuando tiene hambre grita y se retuerce como un condenado, hay que buscarle pan, vino si se le antoja ¿y cómo? ¡si es muy fácil! renunciando á la dignidad, buscando el éxito, corriendo por donde corre la multitud mala y estúpida.

Solo el hombre independiente á fuerza del propio trabajo, ó por virtud firmísima, está lejos del peligro de caer. El carbonero que lleva tiznado el rostro y las espaldas debajo de la carga negra y pesada puede hacer palpar su corazón á compás de sus ideas, que si las tiene son suyas, y con ellas atraviesa entre la muchedumbre y las pone siempre á su lado, con cariño, donde quiera que se sienta. Come su empolvado pan tieso y cada mordisco es un regocijo, porque es pan honrado, el que le han dado sus brazos trabajando en la selva y sudando junto á la hoguera. Pan ageno, pan que da el robo y la baja, lo indigesta y lo mata.

¿Qué hacen las multitudes desocupadas é ineptas, la juventud que creció holgando, embriagada en la cantina ó en el lupanar cuando amanece un día con el arca vacía y la despensa también? ¿Se morirán todos esos vagos de hambre? nó, señor, no se mueren de hambre: hay dinero en las arcas agenas y tocino en las agenas despensas, y aquel dinero y aquellos tocinos están ahí para los desocupados; los estraños han por fuerza de mantenerlos: todo depende de la manera de buscar: á la miseria de la carne sustituye la miseria del espíritu: unos optan por la piratería, otros por la indignidad. Estos van á doblar los espinazos flexibles, á cantar la maldad de los poderosos, á lamer los pies inmundos, á cambiar de ideas como de vestidos, á hacerse partícipes de

crímenes y de abominaciones, y llenan sus bolsas y comen el tocino gordo á dos carrillos, chorreando la manteca por los labios concupiscentes y arrojando sus pulmones el olor nauseabundo del aguardiente que circula como sangre por sus venas, y cantan las alegrías obscenas y enervantes del ocio y riense con risa estúpida del carbonero que va impasible debajo de su carga, llevando en el cerebro sus propias honradas convicciones con cariño paternal y el corazón exento de remordimientos: este es un coloso que desafía imperturbable las avenidas y los torbellinos.

Los que dejando su campo y su arado, su tienda ó su bufete, su cincel ó su martillo, van á hacer coro con los ineptos por el atractivo de la vagancia y el medro, esos son carne de esclavo, esos trajeron del vientre podrido de la madre la facultad de la servidumbre y quizá sean irresponsables. ¿Qué hacer cuando las espaldas piden la fusta y los ojos uua sonrisa de protección?

Como la educación, el oficio es una gran necesidad. Y hay padres de familia que no lo quieren comprender!

La mala educación hace los bandidos y las prostitutas y la falta del trabajo independiente los bandidos y los desvergonzados. Ley inexorable que se ve imperar en todas partes y en todos los momentos! Pero es necesario salvar á las generaciones de ese abismo; hay que alumbrarles, hay que llevarlas de la mano por el escarpado sendero, hay que mostrarles las llagas pestilentes de la sociedad para que sientan horror y vuelvan las narices, hay que decirles: eso es el crimen; por ahí se va á él. Trabajad, esperadlo todo de vuestro esclusivo trabajo y no os vereis en peligro de ser indignos ó malhechores; trabajad, esa es la salvación.

El padre de familia desde que el niño comienza á querer, en la escuela el buen maestro, en su hoja el periodista, que tiene misión santa y veneranda, eso han de hacer para cumplir como deben. Si no lo hacen la maldición cae sobre ellos como lluvia de fuego.

R. RIVERA.

Pronósticos del Tiempo.

No hay fenómeno sin causa. Dios, el Supremo Legislador, ha enlazado de tal manera los hechos naturales del Universo, que pueden compararse á una cadena sin fin animada de un movimiento jiratorio, cuyos eslabones al aparecer anuncian á los que les siguen. Conocer bien esta cadena, es decir, esas leyes fijas é invariables á que están sujetos los fenómenos de la naturaleza, es y ha sido el ideal que el hombre ha acariciado desde que tuvo conciencia de su *yo*: es á lo que aspira la ciencia.

Este ideal, esta aspiración de la ciencia, puede el hombre llegar á conseguirlo en gran parte á fuerza de trabajo, observación y constancia; pero conocer el por qué, el origen, llegar á la perfección, es lo que nunca podrá lograr, pues para ello sería necesario remontarse hasta lo infinito, y la inteligencia humana es limitada, no llega hasta allí: el hombre es mejorable, mas no perfectible.

Cuando una ciencia está en su cuna, es decir, cuando sus conocimientos empiezan á difundirse y á tenerse idea de su utilidad, puesto que ha nacido con el mundo, siempre hay, por desgracia, desconfianza de ella, y aun encuentra oposición por parte de aquellos que no se han enterado de los beneficios que nos reportaría.

Hoy, en el presente siglo de las luces, en el que la civilización está extendiendo sus redes hasta el último confin de la tierra por medio del libro y el periódico, de ese vehículo glorioso, ya no caminan las ciencias con esa lentitud tan grande de los tiempos antiguos y de la edad media; hoy, por el contrario, el menor adelanto es lanzado á los cuatro vientos por la poderosa máquina del inmortal Gutemberg, logrando así ponerlo simultaneamente en conocimiento de los hombres de ciencia, quienes cooperan con sus luces á su perfeccionamiento. Y aun no se cree bastante con esto: las naciones que han comprendido las utilidades de una ciencia ó arte, convocan Congresos internacionales para propagar sus principios en los países que á ellos concurren y en los demás civilizados de la tierra, hacerlos que comprendan sus ventajas y conseguir así que se conviertan luego en sus defensores y propagandistas, que es lo que ha sucedido con las ciencias modernas: la Estadística y la Meteorología. La primera puede decirse que ha entrado ya en los rieles de la civilización, pues la mayor parte de las naciones han sentido su necesidad y por consiguiente han tratado de fomentarla; pero la segunda aun no se ha extendido como debiera á causa de que no ha sido comprendida en su totalidad; y de allí el que digan que cuáles son las ventajas que sacamos de saber que ayer hubo tantos grados de calor, que la presión atmosférica fué tal, que hubo tales clases de nubes, que el viento sopló de tal dirección etc.; que lo interesante es saber lo futuro, es decir, cómo va estar el tiempo mañana. A los que tal dicen se les contesta, que el objeto de la Meteorología es conocer el estado del tiempo futuro; pero que ello no se podrá conseguir sino á fuerza de ob-

servaciones y estudio, pues es sabido que los fenómenos físicos siempre son precedidos por ciertos hechos necesarios, y que entre mayor sea el número de observaciones, mayor es la probabilidad de que un hecho suceda. De donde se deduce que esta ciencia está en su infancia y que los trabajos hoy emprendidos, no son más que datos que se están acumulando para deducir de ellos más tarde, los pronósticos del tiempo con toda seguridad, pues estos fenómenos no son producidos al acaso, sino que están sujetos á leyes fijas é invariables.

Los notables sabios Borda, Laplace y Laplace fueron los primeros que á fines del siglo pasado fundaron observatorios meteorológicos con el objeto de predecir el estado del tiempo futuro, estudios que siguió el eminente sabio Humbolt, y que fueron continuados durante los últimos cuarenta años debido á Mauri y Fitz-Roy. A iniciativa del primero se reunió en Bruselas el año de 1853 el primer congreso internacional para tratar de la Meteorología, en el que tomaron parte las naciones más adelantadas de Europa y América, con objeto de unificar el plan de observaciones y dar á conocer sus utilidades.

Hoy de lo que se trata es de generalizar lo más que se pueda los observatorios meteorológicos por todos los puntos del globo, y relacionarlos de tal manera por medio de hilos telegráficos, que vengan á formar como uno solo, y pueda seguirse así los grandes movimientos atmosféricos, anunciándolos con varios días de anticipación.

Con los pocos datos meteorológicos que hasta la fecha se han recogido, relativos á la dirección de los vientos, la altura barométrica, el estado del cielo, el estado higrométrico del aire, la temperatura

del mismo etc., se pueden ya pronosticar ciertos fenómenos atmosféricos que son de inmensa utilidad tanto para el agricultor, como para el navegante. Para el primero, qué cosa será más útil que saber con anticipación si el tiempo será seco ó lluvioso, si habrá vientos, tempestades ó buen tiempo, etc? pues así hará sus cálculos, sus estudios teniendo en cuenta las reglas de la Agricultura, y podrá deducir de allí las ganancias ó pérdidas que le pueden sobrevenir, y en consecuencia hacer ó no sus siembras, cortar ó no sus productos, ó buscar los medios para evitar el siniestro y no sufrir esas grandes pérdidas que con frecuencia son la ruina de innumerables familias. Respecto á los navegantes es muy grande la utilidad que les reporta. Cuántas veces han perecido muchos buques por ignorar sus conductores los grandes movimientos atmosféricos que tienen que presentárseles, como los ciclones, tempestades y trombas? Hoy que la Meteorología empieza á hacer sus pronósticos, son menos los navíos que sufren á causa de estos terribles fenómenos.

En la Francia, en esa nación sublime madre de la ciencia, se ha establecido desde hace algún tiempo lo que en meteorología se llama servicio de los puertos, que consiste en establecer en ellos semáforos eléctricos comunicados por hilos telegráficos con el Observatorio de París, el que á su vez está comunicado de igual manera con los otros observatorios establecidos en todo el Continente. Cuando uno de estos grandes movimientos atmosféricos se presenta en un lugar donde haya establecimientos de esta naturaleza, lo comunican inmediatamente al Observatorio de París, quien á la vez hace sus cálculos con respecto á la dirección que lleva, y lo comunica también á los

puertos á que llegará á hacer sus estragos. Estos avisos se reciben hasta con tres días de anticipación, inmediatamente se publican y se ponen en conocimiento de los buques que están en el mar, por medio de banderas de diversos colores y que tienen ya sus significados conocidos, para que tomen sus precauciones y no los encuentren desprovistos.

Como he dicho, de las observaciones relativas á la dirección y fuerza del viento, á la temperatura, al estado higrométrico y al estado del cielo, se pueden deducir pronósticos muy seguros; pero nunca como de la altura barométrica, pues sus anuncios casi nunca yerran. El barómetro indica con mucha regularidad y hasta con veinticuatro horas de anticipación el estado del tiempo, por medio de sus subidas y bajadas. Así, comparada la altura media del barómetro en un lugar con lo que baja y sube resulta, que en el primer caso, es decir, si baja, es señal de buen tiempo y en el segundo de malo; sin embargo una baja considerable es casi siempre señal de grandes perturbaciones en la atmósfera. Comparando estos datos con las observaciones termométricas, se obtienen pronósticos segurísimos.

Ultimamente el sabio M. Piazzi Suryth ha observado que cuando en la parte baja del cielo, se ve por medio del espectroscopio una banda particular, es señal muy segura de lluvia.

Se ha dicho, y muy bien, que la "esperiencia es madre de la ciencia," pues según vemos por medio de la observación se llegará al fin á conocer con anticipación los movimientos atmosféricos.

La necesidad de los pronósticos siempre ha existido, pues aun sin instrumentos los hombres de los tiempos pasados, tenían varias re-

glas para anunciar con más ó menos exactitud, el estado del tiempo futuro según vemos en seguida:

Pronósticos deducidos de la atmósfera. Un verano húmedo anuncia un otoño sereno. Un verano muy seco anuncia un invierno riguroso. Un otoño excelente y un invierno seco son preludios de una primavera húmeda. Un invierno templado al principio concluye generalmente con fríos, tanto más dañosos cuanto que son fuera de tiempo. Una primavera cálida anuncia frutos agusanados para el otoño. La primavera lluviosa promete mucha paja y poco trigo. Después de primavera seca verano húmedo. Con primavera fría cosechas tardías.

Pronósticos deducidos del sol. Cuando al salir despide el sol una luz pálida y está acompañado de manchas que le siguen ó casi envuelto en nubes espesas, cuando está colorado y tiñe del mismo color las nubes y la niebla que le circundan, es señal de lluvia. Su color pálido al medio día y al ponerse es presagio de viento para el día siguiente. Viéndole salir brillante, ahuyentando las capas vaporosas que preceden á la aurora, no hay que temer, el día será excelente. Si al ponerse le vemos de color de oro y ligeramente rojo sobre cielo despejado y sin vapores intermedios, es indicio seguro de continuación del buen tiempo. Cuando en torno de su disco aparece un círculo blanquecino sobre cielo nebuloso, es señal de tempestad y huracán. Si los rayos del sol forman á través de las nubes largas haces que se cruzan con desigualdad, lluvia abundante.

Pronósticos deducidos de las nubes. Las nubes parecidas á copos de nieve indican viento en verano, nieve en invierno. Las nubes, que después de llover, bajan cerca de la tierra y caminan errantes, pro-

nostican buen tiempo, de lo cual también es indicio que no haya en el cielo nubes y sople el viento del norte. Las nubecillas blancas que cruzan por delante del sol cuando va á desaparecer y se colora de encarnado, verde y amarillo, predicen lluvia. Nubes grandes, negras, pardas, son anuncios de tempestad.

Estos pronósticos no merecen mucha fe, porque quizá son más las veces que se yerra que las que se acierta. El ilustre Herschel ha descubierto después de repetidas observaciones, un método para anunciar el estado del tiempo futuro, que creo es lo mejor que sobre esta materia se ha hecho, pues yo he tenido oportunidad de ensayarlo y puedo decir sin temor de equivocarme, que de 100 pronósticos se aciertan 95. Para ello se atiende solamente á las cuatro faces lunares principales, es decir, á la luna nueva, al cuarto creciente, á la luna llena y al cuarto menguante. Observando la hora en que se verifican estas faces y tomando en cuenta las estaciones y, algunas veces, la dirección del viento á esa misma hora, se predice el estado del tiempo para los siete días siguientes hasta la otra face. Luego atendiendo á esta segunda face, se pronostica el de los otros siete siguientes y así sucesivamente.

Como he dicho la Metereología está en su cuna, está aun en trabajos preliminares; pero día llegará en que ningún meteoro nos tome desprovistos.

LEOPOLDO A. RODRÍGUEZ.

San Salvador: 1891.

Naturalización de las especies.

Una especie puede ser trasportada de un país á otro, y resistir las

variaciones del clima, multiplicarse, hacerse tan común y extenderse tanto que parezca especie propia de aquel clima; estas especies pueden confundirse con las espontáneas; de estas hay tres clases, y son las que están recién naturalizadas; llámense *odventicias* ó *pasajeras* y las *cultivadas*: estas clases pueden conservarse sin los cuidados del hombre.

Las naturalizaciones vegetales se verifican á grandes ó pequeñas distancias del país, ya por intermedio de los jardines ó ya directamente. Las causas que contribuyen á las naturalizaciones, son de diversas maneras; tales como la diseminación de frutos producida por los vientos; los ríos que también arrastran las semillas de los vegetales que se encuentran adyacentes á sus riveras y las van á depositar en aquellos terrenos en donde pueden germinar; los hielos flotantes del setentrion pueden también arrastrar algunas semillas; los terremotos que depositan en las llanuras las especies que existen en las montañas; las corrientes de los mares que también trasportan las semillas á grandes distancias; los animales también contribuyen á la diseminación de las especies, los que las trasportan de diversas maneras.

Verdad es que las naturalizaciones tienen que tropezar con algunos obstáculos, así, si las semillas caen en terrenos donde no pueden germinar, ó si acaso lo llegasen á verificar, tienen que luchar estas nuevas plantas con el clima y con las otras especies ya naturalizadas.

Preséntase otra cuestión de mucha importancia, que á primera vista parece muy fácil de resolver, cual es; el *reconocimiento de las especies naturalizadas en un país de tiempos muy remotos*; lo que se logra después de largas investigaciones para así distinguir las de las indígenas originarias del país; es.

tas investigaciones pueden ser ya históricas ó ya geográficas.

En Europa existen muchas especies naturalizadas que se efectuaron después del descubrimiento de América, como también Europa ha dado especies á América evidenciando de esta manera por la igualdad de clima de las regiones tropicales, tanto del antiguo como del nuevo continente, el cambio que se ha verificado entre uno y otro; demostrando las investigaciones hechas, que el antiguo mundo ha recibido mayor número de especies del nuevo que este de aquel.

Algunas plantas exóticas se hacen espontáneas en los jardines, pero no por esto traspasan los límites de ellos, porque en otras condiciones tropiezan con obstáculos que les impiden la naturalización; pero no sucede así con las plantas acuáticas, ó con las que viven en terrenos húmedos, como también con las que crecen en los escombros ó las de los campos cultivados; las leñosas, las propias de las montañas, los árboles, las que viven en los bosques y otras cuya habitación tienen estrechos límites se naturalizan con grandísimas dificultades.

Una ó varias especies pueden desaparecer, lo que se explica por los cambios que han sufrido á causa de los trabajos que el hombre ha hecho sobre la naturaleza de dichas especies, ó porque el sitio en donde se encuentran no es propio para su conservación por más tiempo; siendo necesario desecar los pantanos, desmontando los terrenos ó talando los bosques, así se ha visto que en los países fríos y húmedos cuando se destruye algún bosque ha ocasionado por lo común la formación de turba la que ha venido á impedir de una manera asombrosa la reproducción de las especies leñosas; este hecho se observa con regularidad en el Nor-

te de Europa, lo mismo que en las imponentes montañas de la Suiza.

Con la naturalización á gran distancia quedan los individuos de la misma especie separados. Hay especies que no han sido naturalizadas sino originarias de países muy distantes; estas especies se llaman disjuntas ó desunidas; el número de estas especies es bastante pequeño; la distribución primitiva de las especies hay que estudiarla en particular, conforme al estado del globo en el mismo tiempo.

E. C. ROQUE.

NOTAS.

SONETOS ITALIANOS.

EL AISLAMIENTO.

(*Petrarca.*)

Solo, y á paso lento, y pensativo,
Cruzando voy campiñas apartadas,
Y si de hombre presumo ver pisadas,
Aléjome azorado y fugitivo.

Amo la soledad: en ella esquivo
Del indiscreto vulgo las miradas,
Que pudiera en mis ojos reflejadas
Las llamas ver en que me abrazo vivo.

Confidentes serán de mis pesares
Agrio monte, honda selva, mística playa,
Y no me turbará mortal testigo.

Mas no hallo tan selváticos lugares,
Ni senda tan oculta, que no vaya
Yo con Amor hablando y él conmigo.

LA MEJOR BELLEZA.

(*Tasso.*)

Fuiste en tu mocedad como la rosa
Que recatada entre el verdor ameno,
Tenida de vergüenza, el tierno seno
Al rayo más suave abrir no osa.

Fuiste más bien como la aurora hermosa
Pues nada á tí se iguala en lo terreno
Que el campo deja de sus perlas lleno

Y al aire de su luz maravillosa.

Nada te roba á tí la edad madura,
Y á beldad moza que se adorna y prende
Supera sin aliños tu hermosura.

Fragante así su cerco alado extiende
La flor; y el sol en su mayor altura,
Muy más que al despuntar brilla, y se enciende.

EL JUICIO DE LA BELLEZA.

(Zappi.)

Dulce es de ambos la voz, la faz es bella;
Emulas en el canto y en la danza,
Parecen, si las pones en balanza,
Rosas las dos ó estrella á par de estrella

Si aquella á ésta aventaja, ó ésta á aquella,
No sé: igual las comprende mi alabanza;
De ambas diré: "Ninguna á ellas alcanza,"
Pero no de una sola: "Esta descuella."

Nunca Paris á Venus concediera,
Si tal par á su lado él viera un día,
El don debido á la beldad más rara.

Más si á estas dos el juicio se ciñera,
La manzana el pastor partido habría,
O el tremendo litigio aun hoy durara.

A VIRGILIO.

(Carducci.)

Como luna serena en el estío
A los sedientos campos de frescura;
Luce á los blancos rayos, y murmura
Bienhallado en sus márgenes el río;

Oculto el ruiseñor bosqueja umbrío
Y llena el horizonte su voz pura;
Mudo al pie el viajador muerta hermosura
Recuerda en amoroso desvarío;

Madre infeliz convierte la llorosa
Mirada, de una tumba al firmamento,
Y calma el vago albor su hondo quebranto;

Ríe el collado, allá la mar reposa;
Suena en los altos árboles el viento;
Tal para mí la magia de tu canto.

EL BUEY.

(Carducci.)

Ora, manso animal, inmóvil miras
Cual fijo bloque, el campo floreciente;
Ora al pesado yugo das la frente

Y á la labor del hombre fiel conspiras.

El te aguija, él te punza, y tu á sus iras,
Los ojos revolviendo mansamente,
Respondes en silencio. ¡Oh buey paciente!
Paz á un tiempo y vigor al alma inspiras.

Tu ancha negra nariz húmedo aliento
Exhala; tu mugir ondeando lento
En los serenos ámbitos se pierde;

Y en el glauco cristal de tu pupila,
Grave y dulce, refléjase tranquila
La muda soledad del campo verde.

M. A. CARO.

LA PROTESTA DE LA MUSA.

PROSAS LÍRICAS.

En el cuarto sencillo y triste, cer-
ca de la mesa cubierta de hojas es-
critas, la sien apoyada en la mano,
la mirada fija en las páginas fres-
cas, el poeta satírico leía su libro,
el libro en que había trabajado por
meses enteros.

La oscuridad del aposento se ilu-
minó de una luz diáfana de ma-
drugada de mayo, flotaron en el
aire olores de primavera, y la mu-
sa, sonriente, blanca y grácil, sur-
gió y se apoyó en la mesa tosca, y
paseó los ojos claros en que se re-
flejaba la inmensidad de los cielos,
por sobre las hojas recién impresas
del libro abierto.

—¿Qué has escrito?....

El poeta calló silencioso, trató
de evitar aquella mirada, que ya
no se fijaba en las hojas del libro,
sino en sus ojos fatigados y tur-
bios.....

—Yo he hecho, contestó, y la
voz le temblaba como la de un ni-
ño asustado y sorprendido; he he-
cho un libro de sátiras, he hecho
un libro de sátiras y los erro-
res, las miserias y las debilida-
des, las faltas y los vicios de los
hombres. Tú no estabas aquí... No
he sentido tu voz al escribirlos, y
me han inspirado el Genio del odio

y el Genio del mal del ridículo, y ambos me han dado flechas, que me he divertido en clavar en las almas y en los cuerpos, y es divertido. . . . Musa, tú eres seria y no comprendes estas diversiones; tú nunca te ríes, mira, las flechas al clavarse herían, y los heridos hacían muecas risibles y contracciones dolorosas; he desnudado las almas y las he exhibido en su fealdad, he mostrado los ridículos ocultos, he abierto las heridas cerradas; esas monedas que ves sobre la mesa, esos escudos, son el fruto de mi trabajo, y nie he reído al hacer reír á los hombres, al ver que los hombres se reían los unos de los otros. Musa, ríe conmigo. . . . La vida es alegre. . . . y el poeta satírico se reía al decir esas frases, á tiempo que una tristeza grave contraía los labios rosados y velaba los ojos profundos de la Musa. . . .

—Oh profanación! murmuró ésta, paseando una mirada de lástima por el libro impreso y viendo el oro; ¡oh profanación! y para clavar esas flechas has empleado las formas sagradas, los versos que cantan y que ríen, los aleteos ágiles de las rimas, las músicas fascinadoras del ritmo? La vida es grave, el verso es noble, el arte es sagrado. Yo conozco tu obra. En vez de las pedrerías brillantes, de los záfiro y de los ópalos, de los esmaltes policromos y de los camafeos delicados, de las filigranas áureas, en vez de los encajes que parecen tegidos por las hadas, y de los collares de perlas pálidas que llenan los cofres de los poetas, has removido cieno y fango, donde hay reptiles, reptiles de los que yo odio. Yo soy amiga de los pájaros, de los seres alados que cruzan el cielo entre la luz y los inspiro cuando en las noches claras de julio dan serenatas á las estrellas desde las enramadas sombrías; pero odio á las serpientes y á los reptiles que nacen en los pan-

tanos. Yo inspiro los idilios verdes, como los campos florecidos, y las elegias negras, como los paños fúnebres, donde caen las lágrimas de los cirios. . . . pero no te has inspirado. ¿Por qué te ríes? ¿Por qué has convertido tus insultos en obra de arte? Tú podrías haber cantado la vida, el misterio profundo de la vida; la inquietud de los hombres cuando piensan en la muerte; las conquistas de hoy; la lucha de los buenos; los elementos domesticados por el hombre; el hierro blando bajo su mano; el rayo, convertido en su esclavo; las locomotoras, vivas y audaces, que riegan en el aire penachos de humo; el telégrafo, que suprime las distancias; el hilo por donde pasan las vibraciones misteriosas de la idea. ¿Por qué has visto las manchas de tus hermanos? ¿Por qué has contado sus debilidades? Por qué te has entretenido en clavar esas flechas, en herirlos, en agitar ese cieno, cuando la misión del poeta es besar las heridas y besar á los infelices en la frente, y dulcificar la vida con sus cantos y abrirles, á los que yerran, abrirles amplias, las puertas de la Virtud y del Amor? ¿Por qué has seguido los consejos del odio? Por qué has reducido tus ideas á la forma sagrada del verso, cuando los versos están hechos para cantar la bondad y el perdón, la belleza de las mujeres y el valor de los hombres? Y no me creas tímida, yo he sido también la Musa inspiradora de las estrofas que azotan como látigos y de las estrofas que queman como hierro candente; yo soy la musa Indignación que les dictó sus versos á Juvenal y al Dante; yo inspiro á los Tirteos eternos; yo le enseñé á Hugo á dar á los alejandrinos de los Castigos, clarineos estridentes de trompetas y truenos de descargas que humean; yo canto las luchas de los pueblos, las caídas de los tiranos,

las grandezas de los hombres libres. . . . pero no conozco los insultos ni el odio. Yo arrancaba los cartelones que fijaban manos desconocidas en el pedestal de la estatua de Pasquino. Quede ahí tu obra de insultos y de desprecios, que no fué dictada por mí. Sigue profanando los versos sagrados y conviértelos en flechas que hieran, en reptiles que envenenen, en Inris que escarnezan, remueve el fango de la envidia, recoge cieno y arrójalo á lo alto, á riesgo de mancharte, tú que podrías llevar una aureola si cantaras lo sublime; activa las envidias dormidas. Yo voy á buscar á los poetas, á los enamorados del arte y de la vida, de las Venus de marmol que sonríen en el fondo de los bosques oscuros, y de las Venus de carne que sonríen en las alcobas perfumadas; de los cantos y de las músicas de la naturaleza, de los besos suaves y de las luchas ásperas; de las sederías multicolores y de las músicas de la naturaleza, de los besos suaves y de las espadas severas jamás me sentirás cerca para dictarte una estrofa, quédate ahí con tu Genio del odio y con tu Genio del ridículo.

Y la Musa grácil y blanca, la Musa de los labios rosados, en cuyos ojos se reflejaban la inmensidad de los cielos, desapareció del aposento, llevándose con ella la luz diáfana de alborada de mayo y los olores de la primavera, y el poeta quedó solo, cerca de la mesa cubierta de hojas escritas, paseó una mirada de desencanto por el montón de oro y por las páginas de su libro satírico, y con la frente apoyada en las manos sollozó desesperadamente.

JOSÉ A. SILVA.

MISCELANEA.

En el número penúltimo de esta Revista, se publicó una hermosa y expresiva composición poética que la renombrada poetiza centro-americana, doña Vicenta Laparra de la Cerda, se dignó dedicar á los miembros de "La Juventud Salvadoreña."

Nada tenemos que decir sobre el mérito literario de esa producción, toda vez que nuestros lectores están bien sabidos de que el soplo de la más alta inspiración refresca siempre las soñadoras sienes de la dulcísima cantora de allende el Paz, y toda vez, también, que han contemplado ya las diversas y ameritadas piezas literarias con que repetidas veces han sido honradas, por la misma autora, las columnas de nuestra humilde publicación. Pero sí cumpliremos con un deber de gratitud, haciendo presente la nuestra por las nobles intenciones y por los elevados conceptos con que la señora de la Cerda se digna favorecer á nuestra naciente Sociedad, formada, como todos saben, de jóvenes dispuestos á luchar por la realización de esos ideales generosos que alborean La voz autorizada que nos dice "¡Adelante!" en esta penosa labor de la inteligencia, y más, cuando aquella es la de una mujer que, sobresaliendo entre todas las demás de su sexo y condición, ha sabido llenar de gloria las letras patrias,—tiene y sabe tener siempre eco sonoro en el corazón de los que están, como nosotros, en la primera etapa de su carrera.

Sepa, pues, la eminente poetiza, que sus palabras de aliento son recibidas con gratitud profundísima por los Redactores de esta Revista, y, con ellos, todos los miembros de "La Juventud Salvadoreña," que estima en lo que valen sus benévolos y expresivos conceptos.

Grado.—Nuestro apreciable consocio y amigo don Esteban C. Roque, obtuvo, después del examen de ley, el título de Bachiller en Ciencias Naturales.

Felicítamos al inteligente y estudioso colega, deseándole iguales resultados en las demás pruebas á que tiene que sujetarse para la coronación de su carrera.